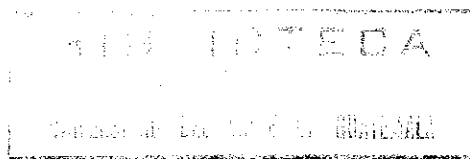


UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA
Facultad de Ciencias y Humanidades
Departamento de Letras

**“El protagonismo femenino en obras de autoras latinoamericanas
contemporáneas”**

Olga Irene León Miranda

Trabajo de investigación presentado para optar al grado
Académico de Licenciada en Letras



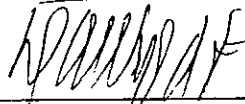
Guatemala

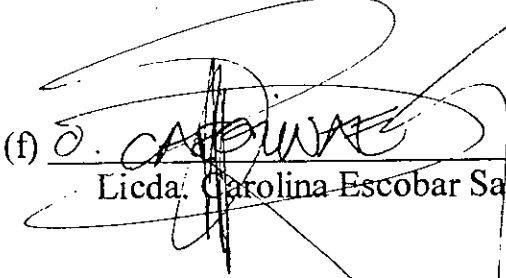
2002

Vo.Bo.

(f) 
Licda. Carolina Escobar Sarti

Tribunal:

(f) 
Lic. Gustavo Adolfo Wyld

(f) 
Licda. Carolina Escobar Sarti

(f) 
Lic. Margarita Carrera

“El protagonismo femenino en obras de autoras latinoamericanas contemporáneas”

RESUMEN

Las mujeres se han rebelado ante la situación de exclusión que persiste en el sistema patriarcal. Es por ello que, desde hace un tiempo, han surgido movimientos feministas que intentan rescatar la igualdad de derechos y el logro de un mundo neutro desde el punto de vista de género . Se afirma que el poder masculino comienza desde el uso de un lenguaje, que la mujer debe utilizar como medio indiscutible de expresión, pero que en realidad su mismo uso la subordina.

De acuerdo con los libros estudiados se han encontrado rasgos comunes que dibujan al sujeto femenino que escribe la historia y al sujeto femenino que la protagoniza.

Parece ser que el compromiso con su sociedad, tiempo e historia, íntimamente ligado a los propósitos de denuncia y protesta, ha generado un tipo de literatura comprometida; se define éste como el primer rasgo común entre las escritoras. La sexualidad es tratada con una carga de erotismo, de vivencias específicas, de culpas y deseos; se trata de un erotismo y una sexualidad permeados por el mandato cultural. Se plantea la denuncia de que

la cultura ha definido tradicionalmente los roles femeninos, unida a un desafío constante de los antiguos cánones y haciendo frente a una nueva realidad, a un deseo constante de renovación.

La situación de la mujer en Latinoamérica se ve reflejada en los tipos de protagonismo femenino que se presentan en los libros estudiados. La mujer aparece como la persona transgredida, emancipada y en búsqueda de un equilibrio que la lleve a la constitución y al fortalecimiento del sujeto femenino.

ÍNDICE

RESUMEN	iv
I. INTRODUCCIÓN	1
II. MARCO HISTÓRICO	4
A. El Patriarcado,	4
B. Movimiento de liberación femenina,	11
III. LA MUJER LATINOAMERICANA	18
A. El Feminismo en Latinoamérica,	18
B. Situación de la mujer latinoamericana,	22
IV. EL PODER DE LA ESCRITURA COMO FACTOR DE CONSTITUCIÓN E IDENTIDAD DEL SUJETO FEMENINO	28
V. LITERATURA ESCRITA POR MUJERES EN AMÉRICA LATINA	35
A. Autoras y argumento del libro seleccionado.	35
María del Carmen Escobar : “En la floresta no había flores,”	36
Gioconda Belli: “La mujer habitada”,	45
Isabel Allende: “De amor y de sombra”,	52
María Rosa Lojo: “La princesa federal”,	60
Marcela Serrano: “Nosotras que nos queremos tanto”,	67
Elena Poniatowska: “La flor de lis”,	74
Ángeles Mastreta: “Mal de amores”,	80
Nélida Piñón: “Dulce canción de Caetana”	88
B. Constantes en las autoras seleccionadas.	97
Denuncia político-social,	97
Presencia de lo erótico-sexual,	106
Desafío al rol social tradicional femenino,	114
C. Tipos de protagonismo femenino	128
VI. CONCLUSIONES	131
VII. BIBLIOGRAFÍA	134

I. INTRODUCCIÓN

En un contexto latinoamericano amplio y heterogéneo, las mujeres han transitado rutas que por mucho tiempo les estuvieron vedadas. Al compás de sus esfuerzos por reivindicarse como sujetos políticos, sociales y culturales, han intentado constituirse en protagonistas de su propia historia.

Una de estas rutas ha sido indiscutiblemente la de la palabra y la escritura. Aunque reservada solamente para algunas de ellas, debido a la situación de pobreza y analfabetismo real y funcional de nuestro género, ha marcado un punto de partida para nuevas luchas.

Las autoras latinoamericanas actuales poseen una fuerza difícil de explicar, pues se han dado a la tarea de revelar, dentro de su narrativa, la tremenda complejidad de ser mujer en un mundo tan cambiante como el nuestro, donde ya no basta ser madre, amante y ama de casa, sino también profesional, fuente generadora de ingresos y protagonista de grandes cambios sociales.

Estas obras de autoras latinoamericanas ponen al desnudo los anhelos, sentimientos y las realidades cotidianas que han enfrentado las mujeres en general y las latinoamericanas en particular. En ellas se expresa esa deseada

liberación de las estructuras que la sociedad les impone y la necesidad de definirse como seres humanos íntegros que logran su propia realización.

Así muchas autoras latinoamericanas utilizan *a la mujer como eje central de sus obras*. En este trabajo de tesis se hace un estudio analítico-comparativo del papel que asumen los personajes femeninos dentro de la literatura escrita por mujeres, y se evidencia que los cambios generados desde las posibles expectativas de las escritoras se confirman en el cotidiano de la realidad de las sociedades latinoamericanas.

Como es una tarea ambiciosa por la cantidad de autoras mujeres que hay en la actualidad, delimitaré mi estudio a la obra de ocho de ellas. Hago constar que *no es un estudio estilístico de las autoras ni de sus temáticas personales*. El objeto del trabajo será encontrar si ellas son las indicadoras del papel femenino que me propongo estudiar. Las autoras seleccionadas son las chilenas: Isabel Allende y Marcela Serrano; la argentina María Rosa Lojo y la brasileña Nélida Piñón. También las dos autoras mexicanas: Ángeles Mastreta y Elena Poniatowska. De Centroamérica se analizaron las obras de la nicaragüense Gioconda Belli y de la guatemalteca María del Carmen Escobar. Todas ellas narradoras.

Para realizar el presente estudio, me serví de fuentes documentales y bibliográficas, de entrevistas a personas conocedoras del tema, de

actividades culturales relacionadas directamente con la temática y de las obras de las autoras ya mencionadas.

Estudiaremos el tema propuesto, con el que se pretende evidenciar el protagonismo femenino en las obras de las autoras contemporáneas mencionadas.

II. MARCO HISTÓRICO

A. El Patriarcado

Hace treinta años Kate Millet utilizó el concepto de patriarcado para definir el sistema social que oprime a las mujeres, asegurando que existen luchas de poder en el plano de las relaciones personales entre los sexos y que éste componente hace que las mujeres se conviertan en un grupo oprimido; según Millet son relaciones de dominación y subordinación. En el estudio realizado por Yasmine Ergas aparece (1993:171):

“ ...la sexualidad surgió como un terreno decisivo de la reapropiación de sí misma. Kate Millet dijo a propósito de la literatura de Jean Genet:

“El sexo está en el corazón mismo de nuestros problemas [...] y, a menos que eliminemos los más perniciosos sistemas de opresión, a menos que lleguemos al verdadero centro de la política sexual, y su enfermizo delirio de poder y de violencia, todos nuestros esfuerzos de liberación sólo volverán a hundirnos en los tormentos originarios”.

Esta afirmación no es nueva para las mujeres de hoy; sin embargo es necesario reconocer que, hace poco tiempo, enunciados como éste revolucionaron los espacios de donde surgieron.

Las mujeres occidentales se han rebelado ante esta situación desde antes de las tesis propuestas por Millet pues, reconociendo sus desventajas

en la sociedad, las feministas norteamericanas y europeas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, exigieron su derecho a la educación, al trabajo, a la propiedad o a la cultura en igualdad de condiciones. Las mujeres del tercer mundo, aún estaban lejos de exigir y tener acceso a esta igualdad formal.

Movimientos sociales emancipatorios hicieron evidente que las actividades públicas que los hombres realizaban eran las más valoradas, y las domésticas que las mujeres hacían, casi olvidadas.

El movimiento feminista de los sesenta se siente heredero del sufragismo de finales del siglo XIX y principios del XX, pero lo intenta explicar no sólo desde la perspectiva de la desigualdad, sino también del poder; es aquí donde surge el término “**patriarcal**”.

Según Victoria de Grazia, en “Historia de las mujeres”, es necesario hacer una distinción entre “el patriarcado liberal”, entendido por muchos como el régimen opresivo de relaciones de género predominante en las sociedades occidentales durante el siglo XIX, y “el patriarcado social”, término más recientemente utilizado para poner de relieve la “ciudadanía de segunda clase” que se asignó a las mujeres en los estados capitalistas del bienestar, posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Dicha autora hace un estudio de la situación de la mujer en Italia, para llegar a conocer el fenómeno del patriarcado en su país. Argumenta que,

hacia 1900, la clase media se ve involucrada fuertemente en el “feminismo práctico” (1993:145):

“A diferencia de las feministas angloamericanas, quienes cargaban el énfasis en la igualdad de derechos, las feministas burguesas italianas confiaban poco en las fuerzas del mercado o en el sufragio para lograr la emancipación. Partidarias de la abnegación personal, siempre con la familia como marco de referencia, y llenas del fervor patriótico, típico de las clases medias italianas, consideraban que consagrarse abnegadamente a empresas filantrópicas era un paso preliminar para que se les concedieran los derechos de ciudadanía”

Más adelante se verían obligadas a cambiar de punto de vista, cuando Mussolini, a partir de 1927 aproximadamente, lucha contra la libertad reproductiva, “en defensa de la raza”, y determina la tendencia hacia la pronatalidad este hecho se le reconoce como **patriarcado italiano fascista**. La segunda guerra hace necesaria la movilización masiva de las mujeres a prestar sus servicios, lo que contradice la posición patriarcal fascista, y permite que ellas salgan de sus esquemas tradicionales.

En el caso de Alemania, donde se dio la política nacionalsocialista de esterilización, llamada “Prevención de la vida sin valor” por el mejoramiento racial, fueron las mujeres las que opusieron mayor resistencia. Este es un claro ejemplo de patriarcado fascista. Se apoyaba el trabajo de la mujer fuera de la casa y su ingreso al mismo nivel que el de los hombres; sin embargo, continuaban en un plano de opresión al ser obligadas a renunciar a la

maternidad y a sus asuntos personales, si el régimen lo consideraba necesario (1993:177):

“Las activistas femeninas del nazismo, generalmente solteras y sin hijos, habían entendido que la razón de estado y de la raza estaba por encima de sus intereses personales.”

A principios del siglo XX, en Estados Unidos de América, la mujer se limitó más a sus tareas de ama de casa y aceptó el sistema “patriarcal”. Sería más adelante cuando se incorporaría, por las necesidades de su patria, a la vida pública (1993:184):

“...la propaganda norteamericana, que trató de persuadir a las mujeres de que se incorporarán al trabajo de guerra a partir de 1941, tuvo que romper de manera mucho más profunda con la imagen tradicional de las mujeres que su contrapartida alemana.”

Cuando la mujer norteamericana fue llamada a las fábricas y oficinas, la mujer alemana tenía más de cuarenta años de haberse incorporado a este tipo de vida. Las norteamericanas asumieron su papel de forma tan rápida y total, que cuando se le quiso regresar a los antiguos cánones “patriarcales”, fue una tarea casi imposible.

En contraste, encontramos en España un fuerte paternalismo en la época franquista, donde no se pueden admitir heroínas que no estén sometidas a la divinidad y a la maternidad. Franco utiliza a la mujer, en la Guerra Civil, para la alimentación de su ejército, para la fabricación de

uniformes, la atención en el frente, la propaganda y la educación, sin olvidar nunca su sometimiento a la maternidad.

Después de observar estos claros ejemplos, surge la pregunta ¿por qué el sistema patriarcal? Es evidente que existen diferencias biológicas entre el hombre y la mujer, sin embargo ¿podemos aceptar el patriarcado debido a estas diferencias? ¿O más bien son aprendidas socialmente? Para Freud, la única sociedad posible es la patriarcal, pues el camino hacia un yo femenino está marcado por la humillación de saberse castrada; la herida narcisista que se hereda de generación en generación nos lleva a la desvalorización del género. El vuelco hacia el padre y la búsqueda de un hijo como compensación sirven a Freud para argumentar en favor de la superioridad masculina. Hay teorías contrarias, como la de Chodorow, que cree que la masculinidad y la feminidad “son dos presencias distintas”, pero no inferiores una respecto de la otra.

Esta exclusión de la mujer en el sistema patriarcal ¿está basada en la diferencia biológica que se explica desde la reproducción? Sabemos pues, que esto no entraña inferioridad, y sin embargo ¿ha sido causa de una exclusión sistemática de la mujer en lo económico, cultural, religioso, filosófico y sobre todo político, mediante el ejercicio del poder?

Carolina Escobar Sarti, en su tesis “Escritoras medievales” afirma que el cuerpo de la mujer no es un elemento neutro en la historia de las mujeres, sino algo relacionado con las experiencias biológicas de interés público, como la menarquía, la reproducción, el amamantamiento y la menopausia. (1999:81)

“El género femenino entra definitivamente en la historia cuando, en 1975, la doctora Gayle Rubin define el sexo / género como el “conjunto de operaciones mediante las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en las cuales son satisfechas esas necesidades sexuales transformadas”. La historiografía académica de los últimos años ha privilegiado el estudio del género sobre el sexo y ha descuidado el concepto del cuerpo femenino con toda su carga de significación y simbología en las construcciones sociales a través de la historia”

Por ello se deduce que el cuerpo tiene que ver con los cambios sociales, pero que no es lo mismo nacer en un cuerpo de hombre que en uno de mujer. Desde la historiografía a la que se refiere Escobar Sarti, hay diferentes opiniones al respecto. Sonia Montecinos¹ opina que ser un hombre o ser una mujer está determinado, más que por la biología, por la cultura, por lo social, y que cada grupo humano formó y seguirá formando sus propias maneras específicas de concebir lo masculino y lo femenino. Entender el problema de género como una construcción social, lejos de una esencia

¹ Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer. Naciones Unidas. 1996.

biológica, nos lleva a creer que la identidad de género surge de acuerdo con la circunstancia particular en que las personas se desarrollan, teniendo en cuenta no sólo si se es hombre o mujer, sino que también si se es indígena o ladino, pobre o rico, etc.

Por un lado, se encuentra el cuerpo de la mujer como hecho determinante en su desarrollo y, por otro, la situación sociocultural como eje del mismo.

Los textos feministas denuncian, según Ergas (1993:171):

“El patriarcado que agota la sexualidad femenina en las funciones reproductoras y asegura el control masculino sobre la descendencia de las mujeres, ha privado a éstas de la posibilidad de conocer su propio placer. Por el contrario, les ha impuesto, como denunciaba un famoso folleto, “el mito del orgasmo vaginal”.

Desde un planteamiento actual, la política sitúa a la mujer en el plano de la igualdad; sin embargo, las leyes realmente no se aplican.

Según Judith Aselarra, las mujeres, para terminar con la sociedad patriarcal, han debido cambiar tres de sus pilares básicos: la división sexual del trabajo, los mecanismos por los cuales los hombres controlan la fecundidad y la sexualidad femeninas, y la institución matrimonial, definida como el intercambio de mujeres.

B. Movimiento de liberación femenina

A pesar de encontrar en diccionarios y enciclopedias definido el término “feminismo”, no hay un solo camino para poder descifrar todo lo que este término encierra. En “Historia de las mujeres” encontramos (1993:159):

“Se podría decir que el término “feminismo” indica un conjunto de teorías y de prácticas históricamente variables en torno a la constitución y la capacitación de sujetos femeninos. Desde este punto de vista, qué es o qué fue el feminismo, es mucho antes una cuestión histórica que un problema de definición.”

La toma de conciencia feminista es un hecho paulatino.

Christine de Pizan, en los siglos XIV y XV, analiza la situación de las mujeres desde la perspectiva de las condiciones que las han llevado a asumir el rol tradicional que desempeñan. También se pueden recordar algunos acontecimientos como “La Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana”, redactada en 1791 por Olympe de Gouges y dedicada a la reina María Antonieta. O “La reivindicación de los derechos de la mujer” escrita en 1792 por Mary Wollstonecraft. Allí comenzaron ellas a escribir sus quejas y terminaron afirmando sus derechos.

Por haber “transgredido las leyes de la naturaleza”, la Revolución Francesa guillotino o exiló a las mujeres que se atrevieron a alzar la voz y participar políticamente. Más de medio siglo después, en 1848, fue escrita

“La declaración de sentimientos” por la primera convención feminista en los Estados Unidos. Surgió a raíz de que, ocho años antes, se les negara a las mujeres el derecho a su participación en una convención contra la esclavitud; eso las hizo reflexionar ante este hecho discriminatorio. Sumamos a éste la explosión de la industrialización, que también figura como causa de dicha declaración. El movimiento se desarrolla y se ve favorecido, según Freeman, por las circunstancias vividas entonces (1977:32):

“Uno fue el desplazamiento de grandes funciones de la mujer fuera del hogar. El otro efecto fue la creciente monetización de la economía. Entre otras cosas, esto significaba que las funciones femeninas desplazadas tenían que ser pagadas en efectivo.”

A partir del gran cambio que sufren las mujeres al pasar del ámbito privado al ámbito público en los siglos XIX y XX, ellas ganaron el derecho a la educación, al trabajo y a su propia identidad dentro del matrimonio y en otros espacios públicos.

En el siglo XX parece ser que su primer objetivo es ganar el derecho al voto. Sin embargo, el movimiento femenino no logra unir sus fuerzas; se divide en las “sufragistas”, que pensaron que ese voto era el cambio de la realidad de la mujer, que la llevaba a liberarse; y las “reformistas”, que buscaban ese voto para reformar a la sociedad. Esta diferencia y la falta de

una base verdaderamente fuerte y unificada las llevó a atacar más las convenciones sociales que los problemas particulares que tenía la mujer.

En 1920, Estados Unidos permite que las ciudadanas de 21 años o mayores votaran como sus compatriotas masculinos. La enmienda número 19 de la constitución estadounidense estableció el sufragio universal femenino, que fue el gran logro de ochenta años de lucha de las sufragistas norteamericanas. Definitivamente este fue un símbolo de libertad.

Después de que la guerra ampliara las perspectivas de trabajo para las mujeres, muchas, a pesar de que los hombres las desplazaron de sus lugares de trabajo al volver de la guerra, continuaron haciéndose camino en campos profesionales, donde el empleo en oficinas abrió una puerta socialmente aceptable para ellas. Otras permanecieron en el hogar. Sin embargo, la presión social que la cultura ejerce, y a partir de la cual se establece el supuesto de que el matrimonio y los hijos son la fuente de felicidad de la mujer, vino a ocasionar un desequilibrio en su sistema de valores (1977:42):

“Las mujeres encontraron que tenían que trabajar y al mismo tiempo demostrar preferencia por ser esposas y madres de tiempo completo so pena de ser consideradas anormales”

Las mujeres, entonces, comenzaron a vivir lo que se llamó la doble y triple jornada. Intentaron probarle a todos y a sí mismas que podían ser

iguales o mejores que los hombres, pero a un costo demasiado alto para ellas.

Hacia 1960, la mujer intenta cambiar su posición en la sociedad. El trabajo y la educación universitaria la llevan a ampliar sus perspectivas y a poner en duda su papel dentro de una estructura familiar tradicional, que la obligaba a pasar de manos de sus padres a manos de su esposo.

La lucha política continúa y, en 1967, se aprueba en Estados Unidos la adición de la palabra “sexo” a la ley que prohibía la discriminación con base en la raza, color, religión u origen. Organizaciones como OACF (Organización Contra el Abuso Femenino) publican, en 1969, normas para combatir la discriminación sexual. Dentro de esta organización resurge nuevamente el feminismo, pero ahora los intereses han cambiado y se hace menos énfasis en el asunto de la discriminación de empleos; el interés se dirige más hacia asuntos como la imagen que los medios informativos le dan a la mujer y al perfil de los estereotipos de los papeles sexuales. A pesar de los problemas que enfrentan, ésta y otras organizaciones para la mujer, por falta de acuerdos, experiencia y demás, lograron poner de manifiesto los problemas femeninos y luchar para que ellos se resolvieran con igualdad (1993: 155):

“Las condiciones de vida de las mujeres cambiaron significativamente, desde el incremento de su participación, en la

“fuerza de trabajo hasta la creciente incidencia del divorcio y del ejercicio unilateral de la patria potestad.”

Por otro lado, la Organización de las Naciones Unidas promovió la realización de conferencias en Copenhague, Nairobi y México, de 1975 a 1985, y celebró la década de la mujer. En esos espacios se puso de manifiesto la fuerza de las movilizaciones femeninas y su impacto.

Es necesario reconocer que no todos los feminismos han sido iguales, y las diferencias se dejan ver de un país a otro y de una corriente a otra (1993:158):

“ Muchas mujeres han preferido apoyar el “movimiento de las mujeres”, con menos resonancias radicales, que el “movimiento feminista”... Sin embargo el mero hecho de su distanciamiento confirmaba el carácter central del feminismo como parámetro político de las mujeres”.

De acuerdo con grandes ideologías políticas se pueden distinguir diferentes posiciones feministas: liberales, radicales o socialistas. Muchos opinan que los conflictos de estos grupos no hacen más que reflejar polémicas exteriores (1993:162):

“Así, mientras que las feministas radicales hablan de autonomía femenina en términos que hacen pensar en los movimientos anticolonialistas de liberación nacional, el lenguaje de las feministas socialistas se destaca por sus resonancias simpáticas con los análisis que se centran en el conflicto y la contradicción de clases; y mientras tanto unas como otras invocan la subversión del orden social, las feministas liberales se distinguen por insistir en la importancia que tiene para las mujeres la conquista de la

igualdad de derechos dentro de un marco político y social pluralista.”

A pesar de todas estas diferencias y de no poder evaluar el impacto que ejercen sobre las mujeres actuales, sí se puede afirmar que todas ellas luchan por “la constitución y el fortalecimiento del sujeto femenino”. Es fuerte, también, la lucha por la igualdad de derecho para las mujeres y el logro de un mundo neutro desde el punto de vista del género.

Las sufragistas inglesas y norteamericanas de finales del XIX y principios del XX, innumerables veces hicieron ver las virtudes de la feminidad para sus proyectos políticos. Así mismo, en el transcurso del siglo, se solicitan permisos especiales por maternidad y crianza, argumentando facultades especiales, tratamientos compensatorios en educación y otro tipo de consideraciones especiales. En los años setenta y ochenta del siglo XX se afirma la semejanza fundamental entre los géneros para promover igualdad de derechos.

Actualmente encontramos algunos aspectos que sobresalen en el trabajo de los nuevos movimientos feministas (1993: 170):

“...el trabajo de los primeros años de los nuevos movimientos feministas presentan tres aspectos especialmente destacados: el interés por la reconstrucción de la historia de las mujeres, la atención que se dedicó a la identificación de las coordenadas unificadoras de la condición de las mujeres en diversos contextos, y la intensidad del debate sobre los orígenes y las implicaciones de la diferenciación en las funciones y las identidades sexuales.”

El 8 de marzo de 1976 se celebró por primera vez el Día Internacional de la Mujer; entre los temas predominantes se trató el del abuso sexual, con énfasis en la violación. Más adelante, en las conferencias de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), ocurre un desprendimiento, al mostrarse las mujeres del Tercer Mundo ajenas al feminismo occidental (1993:175):

“ ... muchas mujeres negras dirían [...] que el feminismo pertenece a las blancas, que éstas lo crearon como una forma de análisis, forma de análisis que sólo tiene en cuenta sus experiencias. Por tanto, no debemos sentirnos involucradas en él...”

Es necesario, en este momento, abordar el tema de las mujeres latinoamericanas, para poder trazar el camino que en particular tomaron los sujetos femeninos de nuestra región y el impacto que todos estos movimientos occidentales han tenido en ellos; por supuesto, hay que tratarlo sin olvidar las circunstancias históricas propias que marcaron esas rutas.

III. LA MUJER LATINOAMERICANA

A. El feminismo en Latinoamérica

Los diecinueve países latinoamericanos difieren profundamente en su constitución racial, en su desarrollo histórico y en sus estructuras sociopolíticas. Por lo tanto, la experiencia femenina también es diferente entre muchos de ellos. No así su propuesta.

Lucía Guerra² afirma que la contribución del feminismo latinoamericano radica precisamente en el hincapié que hace en la heterogeneidad; desde ella se ha permitido explorar una nueva perspectiva feminista, un imaginario del mestizaje en el cual la mujer se representa con una autonomía y un poder que la distinguen de las imágenes construidas en la cultura europea.

Se afirma, en algunos estudios sobre el feminismo en Latinoamérica, que existe una estrecha vinculación con los movimientos populares, asunto que no es de extrañar, pues como Ortega y Gasset³ afirma: “la reabsorción de

² “Feminismo y movimiento popular en América Latina” 1986, fascículo 181.

³ Parnaso Diccionario Sopena Literatura. 1991. Tomo 3. 1675pp.

la circunstancia es el destino concreto del hombre” y, de ahí, que “yo soy yo y mis circunstancias”. Todos los enfrentamientos y levantamientos de los países latinoamericanos son la propia circunstancia de sus mujeres.

Según estos estudios, los movimientos feministas en Latinoamérica podrían clasificarse en dos grandes grupos: el radical y el que congrega varios grupos que, con nombres diversos, tienen en común un sistema de patriarcado capitalista y pregonan la lucha contra él. Según Lozano y González (1986: 10):

“Las dos vertientes tienen su origen en las izquierdas de los países occidentales y en confrontación con ellas. Las representantes del feminismo radical retoman el materialismo dialéctico, que consideran como tentativa superior de explicación de la historia, para aplicar a las relaciones intersexuales. La principal crítica a ese fenómeno radical, en el nivel teórico, se refiere precisamente a su aplicación rígidamente mecánica de los conceptos del materialismo dialéctico.”

El materialismo dialéctico es la concepción del mundo del partido marxista-leninista. El modo de abordar los fenómenos de la naturaleza, su método de estudiar estos fenómenos y concebirlos es dialéctico; su enfoque es materialista.

Así como ya se ha abordado el tema de la doble y triple carga que sufrió la mujer a raíz de su inserción en el campo laboral y, por consiguiente, los múltiples papeles que le toca vivir en la actualidad, la segunda tendencia

feminista latinoamericana, según este estudio, afirma que, sin importar todo lo que la mujer haya avanzado en el campo de trabajo, social y cultural, sigue siendo discriminada (1986:11):

“La segunda vertiente, partiendo de la constatación de que la inserción en el trabajo asalariado no libera a la mujer, automáticamente, del trabajo doméstico y que las revoluciones efectuadas por el proletariado no consiguieron erradicar la situación discriminatoria de la mujer, propone la revisión de los conceptos de división sexual del trabajo, la relación de la mujer con el capital, las relaciones de reproducción y el concepto de patriarcado, para situar las bases materiales de opresión de la mujer y trazar así las posiciones de lucha para el movimiento.”

Este movimiento compuesto por grupos que luchan contra el patriarcado se propone sentar las bases de la realidad de la mujer y, a partir de allí, encaminarse a un cambio ideológico.

Si bien existen variaciones de país en país, parece haberse establecido cierta unidad en los movimientos feministas. De forma colectiva se puede notar el protagonismo que las mujeres están teniendo. Carmelita de Freitas nos lo hace ver (1996:45):

“Grupos como las Madres y abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina, las Comadres en el Salvador (ambos grupos surgidos por la represión del estado sobre ellas y sus familiares, y con fuerte potencial profético); la proyección de Rigoberta Menchú en la lucha por la defensa de su pueblo y su cultura, así como de todos los pueblos indígenas de la región centroamericana; Los Comedores Populares; Los Vasos de Leche en Perú; las Cooperativas de producción en distintos países los Talleres de Artesanía... son algunos ejemplos de experiencias comunitarias en

la lucha contra la crisis económica y la represión política, étnica y cultural que ponen de manifiesto el potencial movilizador y transformador de las mujeres, y la resonancia profética de su actuación en situaciones de respeto a la vida y a los derechos fundamentales de las personas.”

Las mujeres están saliendo poco a poco del ámbito privado del hogar y del patriarcado, no sólo impulsadas por sus deseos de igualdad, sino también por las necesidades que les impone el abuso político, la crisis económica, la discriminación racial, la exclusión cultural, etcétera. Según afirma Carolina Escobar Sarti⁴, la mujer militante y la trabajadora están sufriendo las consecuencias de sus múltiples compromisos y obligaciones. A pesar de esto, es un tiempo en el que ellas “luchan por conquistar una posición de sujeto con derechos y deberes”.

Según Carmelita de Freitas⁵, tomando en cuenta la realidad de Latinoamérica, no se puede hablar de igualdad femenina, sin antes luchar por la justicia a todo nivel y por cambios estructurales que permitan la erradicación de las asimetrías desde todos los puntos posibles; por ello la inserción de las mujeres en todos los ámbitos es necesaria, para que el movimiento adquiera fuerza social.

⁴ En una entrevista realizada para la realización de este trabajo de tesis.

⁵ “La mujer latinoamericana en la sociedad y en la iglesia”. Boletín CLAR. Enero-febrero 1996.

B. Situación de la mujer latinoamericana

Pero ¿cuál es la verdadera situación actual de la mujer en Latinoamérica? Las conclusiones a las que se llegó en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer 1995 siguen siendo alarmantes. En cuanto a niveles de vida, se afirma que, particularmente en los países en desarrollo, el número de mujeres que vive en condiciones de pobreza ha aumentado en forma desproporcionada al número de hombres; además, en los países con economías en transición, la feminización de la pobreza ha empezado a ser un serio problema (1996:55):

“ Además de factores de carácter económico, la rigidez de las funciones que la sociedad asigna por razones de género y el limitado acceso de la mujer al poder, la educación, la capacitación y los recursos productivos así como nuevos factores que ocasionan inseguridad para las familias, contribuyen también a la feminización de la pobreza. Otro factor coadyuvante es el hecho de que no se haya integrado en todos los análisis económicos y en la planificación económica una perspectiva de género y que no se hayan abordado las causas estructurales de la pobreza”.

Si se aumentara la capacidad productiva de la mujer mediante el acceso al capital, el crédito, las tierras, etc, para conseguir aumentar sus ingresos y mejorar la educación, nutrición y posición en el hogar podría pensarse en el reconocimiento de productividad a nivel social, en un alza en sus ingresos y, por consiguiente, en una mejoría en su situación económica.

En cuanto a la capacitación y educación de la mujer, se llegó a la conclusión de que, en muchos lugares, todavía existe discriminación en el acceso o la continuidad de estudios de las niñas y jóvenes en escuelas y colegios, debido a diferentes problemas como: matrimonios y embarazos tempranos, costumbres arraigadas, lo inadecuado del material educativo, acoso sexual, entre otros. En muchos países, la niña comienza labores domésticas desde muy temprana edad, resaltando por un lado, su papel en la sociedad y, por otro, limitando su tiempo y sus posibilidades para una correcta educación.

En una entrevista realizada a Laura Estela Cárcamo, asesora en educación de la niña y en la Integración en la Equidad de Género en Currículo Nacional de Guatemala, después de la pregunta ¿Por qué la mujer está en desventaja en el área educativa, si se compara con el hombre?, respondió (2000:7):

“Porque existen estereotipos y actitudes que reducen el valor de la mujer en la sociedad y por ende la importancia de educarla, a pesar de que es la mitad de la población guatemalteca. También, porque culturalmente muchos padres y madres de familia piensan que no es buena inversión enviar a sus hijas a la escuela, porque significa una disminución del tiempo que ellas brindan al apoyo familiar en el cuidado de hermanos y hermanas, acarreo de agua, leña, entre otros. Además, el matrimonio temprano reduce el tiempo para que las niñas completen la escuela primaria y puedan continuar hacia otros niveles educativos.

(...) También, hay que agregar que las metodologías sexistas utilizadas dentro del aula no dan lugar a que las niñas desarrollen

sus aptitudes y capacidades intelectuales, por lo que su asistencia a la escuela no resulta atractiva, ni las favorece."

El problema de la educación de la niña persiste en este y en muchos otros países latinoamericanos, pues las condiciones aún no son las idóneas para las mujeres, sin mencionar que todavía en la educación se refuerzan los papeles tradicionales que el hombre y la mujer deben asumir en la sociedad, privando de oportunidades de igualdad a la mujer.

Según el informe "Progreso Económico y Social en América Latina" 1993, las brechas de la escolaridad en función de género son pequeñas (1993:227):

"Las recientes brechas en términos de género registradas en América Latina para la escolaridad total (por ejemplo la escolaridad masculina menos la femenina) y para las tasas de matriculación en las escuelas primarias y secundarias (no se dispone de datos para la escolaridad terciaria) generalmente son pequeñas en comparación con la experiencia internacional, teniendo en cuenta el ingreso per cápita. (...) Sólo en Guatemala al nivel primario (por un 2 por ciento) y para Perú en el nivel secundario (por un tres por ciento) la brecha en las tasas de matriculación en términos de género favorecen a los hombres en una porción superior a los puntos de referencia internacionales.

También nos afirma que esta reducción, en cuanto a la brecha de acuerdo a género, se redujo desde 1965, con mayores incidencias en el nivel secundario que en el primario. Se debería estudiar a fondo cuáles son los porcentajes internacionales, para poder establecer la diferencia de género que

coloca tan desventajosamente a Latinoamérica en relación con el resto del mundo.

En cuanto a la salud, la Cuarta Conferencia Mundial Sobre la Mujer, afirma (1996:82):

“Las oportunidades de la mujer también son diferentes y desiguales en lo relativo a la protección, la promoción y el mantenimiento de la salud. En muchos países en desarrollo, causa especial preocupación la falta de servicios obstétricos de emergencia. En las políticas y programas de salud a menudo se perpetúan los estereotipos de género y no se consideran las diferencias socioeconómicas y otras diferencias entre mujeres, ni se tiene plenamente en cuenta la falta de autonomía de la mujer respecto a su salud. La salud de la mujer también se ve sujeta a discriminaciones por motivos de género en el sistema de salud y por los servicios médicos insuficientes e inadecuados que se prestan a las mujeres.”

Principalmente en las áreas rurales de los países latinoamericanos, la ausencia de puestos de salud o su lejanía de aldeas y caseríos, la falta de instrumentos adecuados y personal capacitado, hacen de esta problemática una de las más alarmantes.

El control limitado que muchas mujeres ejercen en su vida sexual y en la procreación de los hijos, también son problemas que recaen sobre la salud de las mujeres.

De acuerdo al tema de los conflictos armados, tan patente en Latinoamérica, en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, se afirma

que ella ha comenzado a desempeñar un papel importante en la solución de conflictos, en el mantenimiento de la paz y en los mecanismos de defensa y de relaciones exteriores; sin embargo, sigue siendo insuficiente su representación en los niveles de adopción de decisiones.

A pesar de que en la mayoría de los países existe la democracia, la mujer suele estar poco representada en casi todos los niveles de gobierno (1996:162):

“ ... con lo que respecta al cumplimiento del objetivo aprobado por El Consejo Económico y Social de que para 1995 haya un 30 por 100 de mujeres en puestos directivos, A escala mundial, sólo un 10 por 100 de los escaños de los órganos Legislativos y un porcentaje inferior de los cargos ministeriales están ocupados por mujeres.”

En un país como Guatemala, según estadísticas del año 2000, ministras hay una de 20; viceministras hay seis de 47; congresista, ocho de 113; alcaldesas tres de 330 (en 1992); magistradas, dos de trece (en 1997); secretarías de la presidencia dos de nueve. Se puede señalar que no se alcanza, en muchos casos, ni el 10% en relación con el hombre. La discriminación, unida a las responsabilidades que un sistema patriarcal otorga a las mujeres, puede ser factor que explique esta ausencia.

Con respecto a la Economía (1996: 138)

“En la mayor parte del mundo es escasa o nula la presencia de mujeres en los niveles de adopción de decisiones económicas, incluida la formulación de políticas financieras, monetarias,

comerciales y de otra índole, así como los sistemas fiscales y los regímenes salariales. [...]

En muchas regiones, la participación de la mujer en el trabajo remunerado en el último decenio ha aumentado notablemente y se ha transformado tanto en el mercado laboral estructurado como en el no estructurado. [...]

Debido, entre otras cosas, a una situación económica difícil y a la falta de poder de negociación, proveniente de la desigualdad basada en el género, muchas mujeres se han visto obligadas a aceptar salarios bajos y condiciones de trabajo deficientes, por lo que frecuentemente se las ha preferido a los hombres”

Cada vez más, la mujer participa en la microempresa y adquiere preponderancia en el sector comercial, muchas veces por falta de oportunidades en otros sectores, pero ya con la capacidad de manejar sus propios ingresos. Otras, con nuevas oportunidades, se incorporan a la fuerza de trabajo estructurado y hacen valer sus derechos. Sin embargo, en los niveles de adopción de decisiones, todavía falta mucho camino por recorrer, pues la presencia femenina es casi nula.

La mujer Latinoamericana constituye una respuesta al enfrentamiento con su propio ser y su realidad. Por ello, los pasos que ha dado y sigue dando la llevan a una lucha sostenida en contra de la ideología dominante, hacia una transformación radical de la sociedad para que, a cada persona, sin importar si es hombre o mujer, se le permita realizar plenamente sus capacidades, sin limitarla a roles estereotipados.

IV. EL PODER DE LA ESCRITURA COMO FACTOR DE CONSTITUCIÓN E IDENTIDAD DEL SUJETO FEMENINO

Nuestra formación determina en mucho nuestra expresión. A esto habría que sumarle que una misma persona se expresa de distintas maneras de acuerdo a la situación que enfrenta. Es indudable que existen marcadas diferencias en el habla según la pertenencia a ciertos grupos sociales, culturales, generacionales, etcétera. Mas allá del habla, muchos estudios sociolingüísticos analizan el lenguaje como el espejo cultural de las sociedades, que hace patente los prejuicios y estereotipos, además de afirmar que es un campo de poder y un instrumento de exclusión.

Tanto hombres como mujeres manejan el lenguaje que se les enseña, desde la sociedad y desde la posición que tienen. De esta manera, es posible que exista el lenguaje hipercontrolado para unos, el silencio para otros y el poder de la palabra abierta para algunos más, ya que cada uno se sitúa de esta manera en su contexto social (1984:87):

“ Otra forma de pensar el problema del lenguaje en relación con las mujeres pasa por la idea de que ellas se incorporan a un lenguaje que siendo el propio, refleja los valores de una cultura en la que ellas son subordinadas, una cultura conformada por quienes han ejercido históricamente un dominio sobre ellas. Si junto con el lenguaje se hereda una interpretación de la realidad, la estructura del lenguaje se vuelve estructura de la realidad y en ella se

perpetúan todas las dominaciones, incluso la dominación ejercida sobre las mujeres.”

Se habla entonces, de un lenguaje que la mujer ha aceptado y que, incluso, no es el propio; la palabra prestada o impuesta que antes utilizaba sólo como medio de acceso a una sociedad masculina y que, poco a poco, con su inserción en otro tipo de campos, ha tenido que ir tomando prestada a pesar de ser ajena.

O bien, un lenguaje que le pertenece y corresponde, pero con el cual contribuye ella misma a fortalecer su papel de subordinación en la sociedad.

Si se compara el número de discursos políticos emitidos por hombres y por mujeres, se verificará que el de ellas es casi sordo, inexistente; de igual manera, en ámbitos como el literario, inclusive hoy que la mujer rompe el silencio y sale al ámbito público, se comprueba que es muchísimo menor la producción femenina que la producción masculina. Laura Freixas lo publica en su libro *Literatura y mujeres*, (2000:36):

“En narrativa, la suma de los escritores publicados por siete de las principales editoriales (Alfaguara, Anagrama,, Destino, Planeta, Plaza y Janes,Seix Barral y Tusquets) es de 129, de los cuales 98 son hombres y 31 mujeres (24%).

En poesía (...) publicaron en 1999 obras de 32 poetas de lengua española, de los cuales siete son mujeres (22%).

En ensayo, los cuatro sellos más importantes publicaron en conjunto a 73 autores de lengua española, 11 de ellos mujeres (15%).”

perpetúan todas las dominaciones, incluso la dominación ejercida sobre las mujeres.”

Se habla entonces, de un lenguaje que la mujer ha aceptado y que, incluso, no es el propio; la palabra prestada o impuesta que antes utilizaba sólo como medio de acceso a una sociedad masculina y que, poco a poco, con su inserción en otro tipo de campos, ha tenido que ir tomando prestada a pesar de ser ajena.

O bien, un lenguaje que le pertenece y corresponde, pero con el cual contribuye ella misma a fortalecer su papel de subordinación en la sociedad.

Si se compara el número de discursos políticos emitidos por hombres y por mujeres, se verificará que el de ellas es casi sordo, inexistente; de igual manera, en ámbitos como el literario, inclusive hoy que la mujer rompe el silencio y sale al ámbito público, se comprueba que es muchísimo menor la producción femenina que la producción masculina. Laura Freixas lo publica en su libro *Literatura y mujeres*, (2000:36):

“En narrativa, la suma de los escritores publicados por siete de las principales editoriales (Alfaguara, Anagrama,, Destino, Planeta, Plaza y Janes, Seix Barral y Tusquets) es de 129, de los cuales 98 son hombres y 31 mujeres (24%).

En poesía (...) publicaron en 1999 obras de 32 poetas de lengua española, de los cuales siete son mujeres (22%).

En ensayo, los cuatro sellos más importantes publicaron en conjunto a 73 autores de lengua española, 11 de ellos mujeres (15%).”

La autora no se explica los motivos por los cuales una minoría da tanto de qué hablar. Las mujeres escritoras aparecen en antologías exclusivamente de mujeres y los principales diarios se atreven a anunciar el desplazamiento que están sufriendo los hombres en este campo, como una amenaza a su posición. Posiblemente la respuesta la encontremos en el lugar en que durante tanto tiempo se situó a la mujer (1984:90):

“Si se examina la posición “natural” de la mujer en la tradición literaria, pueden distinguirse algunos papeles propiamente femeninos. El papel femenino por excelencia es el del silencio. La mujer no hace poesía, la mujer es la poesía. La es y la inspira, a modo de musa, que con su aparición hace posible la palabra del hombre. Es también ‘eterna escucha, callada interlocutora que con su silencio le abre al hijo el lugar de la escritura’; ‘es en el resquicio que las mujeres mudas prepararon y dejaron libre’ donde se da la escritura del hombre.”

No se puede dejar de afirmar la existencia de grandes escritoras en todos los tiempos. Bien lo afirma Carolina Escobar Sarti en su tesis sobre escritoras medievales, al trabajar a quince autoras y comprobar que sus obras restauran la palabra a partir de la unidad de un solo código lingüístico. Sin embargo la presencia de la mujer en la literatura latinoamericana, hasta hace poco más de dos décadas, es relativamente escasa. Salvo excepciones como en el período del Barroco latinoamericano, donde Sor Juana Inés de la Cruz y su obra poética, teatral y ensayística alumbra las letras de ese y todos los

tiempos. También se reconoce en la poética de Gabriela Mistral, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Alfonsina Storni y Delmira Agustini, de Rosario Castellanos y Juana de Ibarbouru. No podemos dejar de lado la cuentística de María Luisa Bombal, sólo por mencionar algunas. Sin embargo siguen siendo minoría, y su grandeza no niega lo que la cita anterior nos afirma. La tradición literaria somete a las mujeres a la condición de agentes pasivos y las reduce a ser un motivo de inspiración.

Es posible que por eso den tanto de que hablar, según Freixas, pues de agentes pasivos, un pequeño porcentaje pasa, en los últimos años, a ser agente activo. No sólo inspira, sino se inspira y expresa.

La palabra es la herramienta para la expresión escrita. Pero esa palabra transmite una diferencia sexual, no igualitaria, que concibe lo masculino como lo universal (2000:146):

“En el lenguaje, los términos masculinos y femeninos no forman ‘una pareja sexuada creadora y organizadora del mundo’, sino un mundo en que los hombres, sujetos, ‘están rodeados de utensilios de género femenino y de mujeres-objeto’. Un ejemplo de ello nos lo dan las numerosas parejas de vocablos, de género masculino y femenino respectivamente, en que el masculino designa al sujeto (hombre), mientras que el femenino no designa al sujeto (mujer), sino al objeto de la actividad: el músico/ la música, el político /la política, el crítico/ la crítica...”

Se afirma que el poder masculino comienza desde el uso de un lenguaje, que ella debe utilizar como medio indiscutible de expresión, pero

que en realidad su mismo uso la subordina. La percepción de la realidad influye en la visión del mundo de la mujer.

Continúa con el estudio, tomando una palabra tan general como “hombre”, que no sólo alude a la diferenciación sexual, sino también a todo ser humano, a la persona, mientras que el término “mujer” exclusivamente tiene una connotación sexual. Con ello, el término hombre, representa a la humanidad. Con lo anterior como ejemplo, afirma (2000:149):

“La relación de la mujer con el lenguaje es intrínsecamente contradictoria porque el lenguaje la empuja a emplear un sistema de representación y expresión que la excluye y mortifica. Para acceder a la posición de sujetos, las mujeres tienen que identificarse con la forma universal, que es la de lo masculino y negar por tanto lo específico de su género.”

Según esta autora, el lenguaje ha ejercido su poder sobre las escritoras, que viven una contraposición entre la palabra y su mismo ser.

Judith Butler, en el libro *El género en disputa*, subraya la opinión de dos grandes estudiosos (2001:59 y 61):

“Para Wittig, el lenguaje es un instrumento o herramienta que de ninguna manera es misógino en sus estructuras, sino sólo en sus aplicaciones. Según Irigaray la posibilidad de otro lenguaje o economía signifiante es la única oportunidad para escapar de la ‘marca’ del género que, para lo femenino, no es sino el horramiento falocéntrico de su sexo”.

[...]

Wittig es perfectamente consciente del poder que el lenguaje tiene para subordinar y excluir a las mujeres. Sin embargo, como ‘materialista’ que es, considera que el lenguaje es otro orden de materialidad.”

“En Lacan, [...] lo femenino nunca es una marca del sujeto; lo femenino no podría ser un ‘atributo’ de un género. Mas bien, lo femenino es la significación de la falta, significada por lo simbólico; una serie de reglas lingüísticas diferenciadoras que efectivamente crean la diferencia sexual. La posición lingüística masculina experimenta la individualización y la heterosexualización exigidas por las prohibiciones fundadoras de la Ley Simbólica, la ley del Padre.

A diferencia de Freixas, Wittig niega la posibilidad de que las estructuras del lenguaje expresen exclusión hacia la mujer; sin embargo, reconoce que en sus aplicaciones existe dicha exclusión. Irigaray asegura que solamente la creación de otro código podría ayudar a la mujer a salir del estado de subordinación en el que se encuentra. Finalmente Lacan opina que la diferencia sexual radica mas bien en la lingüística, establecida desde antes por lo simbólico. Como vemos, para unos el problema radica en la aplicación del mismo lenguaje; para otros, en la representación y expresión excluyente del mismo y, para otros, en el manejo lingüístico.

De una u otra manera, los autores llegan a la misma conclusión: el lenguaje es un instrumento de poder que jerarquiza al hombre sobre la mujer y deja a ésta en desventaja.

Por ello, el camino que han recorrido las mujeres es doblemente difícil, pues significa el uso de un lenguaje que es, al mismo tiempo, vehículo de sus ideas y confirmador de su subyugación.

El verdadero problema estriba en el sistema de valores que se maneja en la sociedad, ya que, en la medida que éste cambie, el lenguaje lo irá reflejando.

Así, las obras de las autoras latinoamericanas, que a continuación se presentan, tienen una clara tendencia a instrumentalizar el lenguaje escrito para revelar el protagonismo femenino.

V. LITERATURA ESCRITA POR MUJERES EN AMÉRICA LATINA

A. Autoras y argumento del libro seleccionado.

Se inicia con una breve síntesis de la vida de cada una de las autoras, seguida de un resumen del argumento de la obra seleccionada.

María del Carmen Escobar (1999:1):

*“Nació en Guatemala el 15 de agosto de 1934. Ha obtenido varios premios en las ramas de cuento y teatro, en los juegos florales de Quetzaltenango y en el Certamen Nacional permanente de Bellas Artes. Su obra teatral **La gente del palomar**, que la Universidad Popular y la Compañía de Artistas Unidos representaron exitosamente, fue la primera obra teatral guatemalteca que rebasó ampliamente las 100 representaciones en cada una de las tres temporadas en que fue puesta en escena, lo cual hace de ella una escritora muy apreciada, reconocimiento que se confirma con sus novelas.”*

María del Carmen Escobar
En la floresta no había flores

La narradora se encuentra en una sala mortuoria casi vacía. Su hermana está del otro lado de la sala. Se da cuenta de que no hay flores y que, de igual manera, en la Floresta no las había . Están velando a su madre.

La Floresta era una finca donde vivía la viuda de un general, con sus hijos y sus familias. Se habían construido cuartos para alquilar y se arrendaba el barranco como basurero. Las condiciones de los cuartos eran verdaderamente precarias.

La protagonista retrocede un poco más en sus recuerdos. Ha vivido en cinco diferentes cuartos, por Candelaria. De su primera infancia vienen a su mente las chatillas, un perro y los juegos. Al rededor de los seis años, solía ir a poner candelitas a una imagen de Jesús. Lamentablemente su hermana Matilde, que estudiaba en el Justo Rufino Barrios, reprobó por segunda vez el cuarto grado y había que cambiarla. La madre se propuso buscar la escuela número uno. Al enterarse que era la de República Argentina intentó mudarse cerca, pero era imposible de pagar. La número dos era la Escuela José Farfán, situada relativamente cerca de la Floresta, por lo que la madre no dudó en cambiarse de casa, sin darse cuenta de que el número de las escuelas no tenía nada que ver con su calidad.

Las personas eran muy sucias y poco educadas, abundaban los perros bravos, no había luz y los baños eran comunales. Los catorce años que vivió allí marcaron su vida.

Tuvo diferentes tipos de vecinos. La india Toribia quien le gritaba y pegaba mucho a su pequeño hijo Julián por no controlar esfínteres: un día hasta le hizo comer su propio excremento. Luego tuvo como vecinos a otros que eran borrachos. También al vendedor de helados de carretilla con su esposa que era peleonera y violenta. Una tal Elena que mandaba a trabajar a sus hijas y les pegaba si no llevaban dinero. Recuerda mucho a Don Valenti y su esposa Rome; él era escultor y trabajaba para Ubico y otras personas importantes, y ella era muy amable, excepto cuando perdía la razón y luchaba contra algo que sólo ella lograba ver.

Las flores que una vecina llevó a la funeraria, trajeron a su mente un día del padre en que en la escuela les pidieron una flor. Como su padre vivía, aunque ella nunca lo viera, le correspondía una roja. Fueron a la casa grande, la de los dueños y, al ver una rosa roja de gran hermosura, quiso que ésa fuera su flor. La madre, por complacerla accedió a comprarla. Ella corrió para hacer sencillo los cinco centavos; pero, a su regreso, uno de los perros grandes, dirigido por uno de los hijos de la señora que era muy malo, le

mordió la nalga y, en consecuencia, se arruinó la rosa, el uniforme y, sobre todo, su ilusión.

La primera comunión la hizo a los siete años en la Iglesia de San Sebastián: era la primera de la fila; su hermana, de las últimas. Matilde era la segunda vez que la hacía, movida por el vestido que le obsequiaban. Desde el inicio de la doctrina se destacó por sus habilidades para aprender los rezos, todo lo contrario de lo que le sucedió a su hermana mayor. A pesar de que ese día su madre no la dejó ir a quebrar la piñata, ni a recoger los dulces, lo recuerda como uno de los más felices de su vida.

Al finalizar su primer año escolar, la profesora le asignó aprender un poema. Lo declamó el día de la clausura con un vestido rosado de papel crepé, muy lindo. Al entregarle el diploma dijeron que era alumna distinguida. Matilde había vuelto a perder el cuarto grado y ya tenía 15 años. Ella asocia este hecho al momento en que su hermana la comienza a odiar y el único en que su madre se sintió orgullosa de ella.

La madre vendía jabones, peines y otras cosas de poco valor. Iban de casa en casa, en las oficinas o simplemente ofreciendo sus productos en la calle. Matilde era excelente vendedora y soñaba con aprender a hacer flores para venderlas. En cambio ella soñaba con aprender a tocar el piano como su

profesora de música. La madre prometió ayudarla a ingresar algún día en el conservatorio. Matilde se burló mucho de sus sueños.

El recuerdo de la segunda vez que la mordió un perro viene a su mente muy claro. Matilde y ella asistían a todas las doctrinas posibles pues, de acuerdo a su asistencia anual recibían para Noche Buena dulces y panes. Ella en todos los lugares era la favorita, pues todo se lo sabía de memoria. De regreso de una de las doctrinas, intentando entender el significado de no fornicar, su hermana vio tirada una bolsita de tela en la puerta de una casa. Bajo amenazas la obligó a ir a recoger. De la casa salió un perro que la mordió justo en el mismo lugar que el anterior. Los señores de la casa la llevaron al hospital y se portaron muy amables. Alguien convenció a la madre para que los demandara; de ello consiguieron Q10.00 que contentaron mucho a la madre, quien se olvidó del daño que la hija había sufrido.

Pasaba mucho tiempo sola, leyendo los pedazos de libros que llegaban a sus manos o inventando historias al ver llover. Su madre constantemente le recordaba lo mucho que se parecía a su malvado padre y comparaba su fea piel morena con la blancura de su hermana.

La funeraria estaba más vacía que antes; era de madrugada y sólo ella no tenía sueño. Siempre padeció de insomnio. Recuerda el momento de su

vida en que deseó ser huérfana para vivir en un hospicio, pues los desprecios de su madre y de la hermana cada vez eran más difíciles de soportar.

El 20 de octubre de 1944, su madre no la dejó ir a la escuela. Estaba atormentada porque no iba a poder salir a vender ese día y tampoco darles de comer. Ella soñaba con un presidente que las salvara de la miseria; recuerda que ese año sólo de política se había hablado en el colegio. Se unió al grupo de niñas partidarias de Juan José Arévalo, y eso la hizo sentirse menos sola, tuvo menos enemigas y hasta le regalaron un suéter.

Su madre siempre la regañó mucho y por todo, inclusive por cosas de las que ella no era responsable. Siempre ponía de ejemplo a La Mariíta, hija de una vecina lavandera. Mariíta era muy religiosa y poco a poco se fue ganando el cariño de todas las personas. Cuando alguien moría siempre hacía los rezos y con ello también ganaba el tamal del último día. Una vez, ella acompañó a Mariíta a toda la novena; el premio del tamal la hacía saltar de ilusión. Su sorpresa fue que el día que repartían el manjar, la Mariíta la fue a dejar a su casa justo momentos antes, justificando que ya era muy tarde y en cambio llevó a todos sus hermanitos.

La familia de la Mariíta fue prosperando poco a poco. La madre dejó de trabajar y sus hermanitos ya no usaban la ropa rota. Un día que ella consiguió el permiso de salir a pasear con Mariíta y el montón de niños que

la seguían, no entendió por qué la chica entraba de almacén en almacén y decía que todos los niños eran huérfanos y que gracias a ella se alimentaban. Toda la gente le daba dinero o mercancía.

Las peleas en la Floresta eran comunes, pero una de ellas rebasó los límites. Una vecina comenzó a preguntarle a otra si su marido era amante de ella. Al recibir la respuesta afirmativa, se tiró encima de ella y comenzaron a darse de golpes. Lo peor fue cuando una de las combatientes agarró un tizón al rojo vivo y quemó a la otra en sus partes.

Los minutos pasan lentos en la funeraria.

Cuando tenía once años y estaba en quinto grado, Matilde había ganado sin merecerlo, una beca por dos años en la Escuela de Artes y Oficios. Durante esa época, había vivido sola con su madre y la recordaba como la mejor de su vida. A pesar de que eran muy pobres y sólo lograban comer una vez al día, eran amigas. La sombra maléfica de su hermana no se interponía entre ellas. La madre le contaba sobre su niñez, su belleza juvenil, sus pretendientes, sus hermanos y sobre todo de su amado padre “tatita”. Cuando su madre le contaba la historia de su padre y lo traicionero que había sido, se acostaba llorando. Sin embargo, eran más las divertidas historias de una niñez en el campo, con un padre comprensivo que la amaba. El día que su hermana regresó, las cosas empeoraron más que antes de su partida.

Cuando tenía doce años, Susana, la protagonista de esta historia, fue llevada al cine de parte de la escuela. El impacto fue tan grande que, desde entonces, no logró dejar de ir. Se escapaba de clases, conseguía dinero fingiendo tener enfermedades o carecer de útiles que le pedían en el colegio. Comenzaron a bajar sus calificaciones, se hizo cada vez más solitaria, y sus ilusiones de amor giraban en torno a las películas que miraba.

Una vez, platicando de baño a baño con Don Ovidio su vecino, éste le preguntó si ya había desarrollado. Desconcertada, trató de evadir la respuesta. Don Ovidio le dijo que ya estaba en edad de conocer algunas cosas. Le comenzó a explicar lo que ocurre entre un hombre y una mujer y hasta se ofreció a enseñarle con paciencia. Susana nunca había imaginado tales cosas, pero le pareció tan repugnante que salió corriendo y evadió a Don Ovidio el resto de su vida en La Floresta.

En plena adolescencia, Susana era enemiga de su madre y hermana. Ella se burlaba de “tatita”, y Matilde y su madre del color de su piel y del origen indígena de su desconocido padre. Le ponían apodos por las espinillas que padecía y la trataban con palabras ofensivas y cargadas de desprecio.

Casi no asistía al instituto; prefería la Biblioteca General o el cine; no tenía amigas y se sentía rechazada. Sus compañeras la molestaban por no

tener novio y usar siempre la misma ropa vieja y rota. Ella soñaba con los actores de sus películas.

Susana no entiende cómo llegaron a odiarse tanto con su hermana. Ahora siente lástima por ella, pues Matilde sí ha perdido una madre. Ella, en cambio, siente haberla perdido hace muchísimos años.

La misa de cuerpo presente ha comenzado. Susana no puede determinar el momento en que comenzó a quererse, a valorarse e, incluso, a sacar provecho de todas esas horas de soledad. Ahora al despedirse de su madre, sabe que comienza a sentirla como tal y que por fin no hay nada que se interponga entre las dos.

Gioconda Belli (1999:1):

*“Nació en Managua y dio a conocer sus primeros poemas en 1970. Ese mismo año ingresó en el Frente Sandinista de Liberación Nacional, organización entonces clandestina, que buscaba derrocar la dictadura somocista. En 1972 fue premiada por **Sobre la grama**. Perseguida por la policía, se exiló en México y Costa Rica.*

*En 1978 obtuvo el premio Casa de las Américas por su libro de poemas **Línea de fuego**. Al triunfo de la revolución regresó a Nicaragua, desempeñó diversos cargos en el nuevo gobierno y publicó dos libros de poesía. En 1988 escribió ésta, su primera novela, que fue traducida a ocho idiomas y ha tenido gran éxito en Alemania y España. Publicó posteriormente **Sofía de los presagios** y acaba de terminar una tercera novela **Waslal** que también editará Emecé. Actualmente reside en Santa Mónica, con su marido y dos de sus cuatro hijos.”*

Gioconda Belli
La mujer habitada

Comienza con un canto indígena, cuando una mujer, Itzá, después de su muerte, se encuentra habitando un árbol. Brevemente cuenta su nacimiento y hace hincapié en que los españoles ya habían venido a estas tierras.

Se da un salto en el tiempo y el espacio, dando cabida a la protagonista de la novela: Lavinia Alarcón. Arquitecta, después de terminar sus estudios en Bolonia regresa a su lugar de origen, Fraguas. Se instala en la casa que su tía-nana le había heredado después de muerta y se dispone a asistir a su primer día de trabajo. Al llegar, su jefe, Solera, le presenta a Felipe Iturbe, otro arquitecto que se encargaría de enseñarle el manejo de la oficina y con el que coincide en ideas de trabajo.

De regreso a su casa, Lavinia piensa en su amiga Sara, quien por estar casada, no goza de la libertad que ella ahora posee. Reflexiona sobre el matrimonio como algo para el futuro, pues lo siente una limitante. Recuerda algunas situaciones de su juventud, incluyendo un conflicto político, donde se anima a la lucha armada.

Constantemente encontramos cortes, donde aparece Itzá, observando desde el árbol del jardín a Lavinia, comparando su vida con la de ella y con todos los sentimientos que ahora, en su nuevo estado, experimenta.

A Lavinia se le encarga construir un centro comercial; se siente un poco perturbada al conocer el terreno y comprobar el desalajo que muchas personas sufrirán. Felipe, su compañero de trabajo, le comenta su sorpresa: ¿Por qué una niña de bien se preocupa por eso?

Después de un tiempo, Lavinia ya se encuentra mejor instalada y cómoda con su nueva vida.

Felipe es un compañero raro, pues frecuentemente sale sin dar explicaciones; recibe llamadas telefónicas extrañas y a veces se ausenta por más de un día. Existe un coqueteo entre ambos.

Lavinia y Felipe se encuentran un día en una discoteca y, después de bailar y beber, terminan en el apartamento de ella haciendo el amor. Comienza entre ambos una relación, en la cual la intensidad y entrega de Felipe contrastan con sus escapadas y misterios. Esto llena de incertidumbre a Lavinia.

Sara y ella, suelen visitarse y platicar.

Un día de aquellos en que Lavinia se encuentra sola, recordando la vida con su tía y padeciendo todas las limitaciones que esto le había

supuesto, aparece Felipe con un hombre muy mal herido. Se niega a llamar a un doctor y Lavinia lo cuida. Felipe, por fin, le cuenta que pertenece al movimiento de Liberación Nacional. Ella le pide no ser involucrada en nada de eso.

El naranjo recuerda a su amor, Yarince, guerrero que hasta el fin pelea por recuperar la libertad robada y las tierras usurpadas, y ella siempre a su lado: luchando.

Los cuidados que ahora debe tener con Sebastián, la tienen exhausta. Conoce a Flor, enfermera que pertenece también al movimiento y llega a curarlo.

Pasan los días, se marcha el enfermo, y Lavinia sigue su vida tratando de estar al margen de todo. Felipe es un compañero difícil; no siempre puede cumplir los compromisos con ella y, cuando ella busca información acerca del movimiento o de lo que pasa, él se la niega. Ella se siente marginada en su vida y, un día de desesperación, busca a Flor, con la que entabla una amistad intensa, al mismo tiempo que resuelve sus dudas sobre el movimiento de Liberación Nacional.

Lavinia decide involucrarse en el movimiento, pero no desea que Felipe se entere, así que lo hace por medio de Flor. Se siente cada vez más

distante de sus amigos, todo lo cuestiona. Felipe se entera de su decisión, lo cual no le agrada.

Un día, su jefe le encarga un trabajo muy importante: la construcción de la casa del general Vela. Ella no desea realizarla, pero el movimiento le solicita que lo haga y que constantemente pase los reportes de los avances que tenga.

Ocurren manifestaciones políticas de las que ella debe estar al margen; se sigue sintiendo apartada.

Una fiesta social a la que tiene que asistir por petición de sus padres y del movimiento, donde sólo los miembros de un selecto club asisten, la hace confirmar su decisión de estar dentro del movimiento y su amor por Felipe.

Lavinia conoce a Vela, la casa, la familia y las costumbres. Vela simpatiza con Lavinia y su trabajo. A pesar de su triunfo, no le asignan la construcción, pero logra al menos la supervisión de la misma.

Flor la juramenta y le propone un entrenamiento militar mínimo, al que Lavinia asiste. Aprende a usar un arma, a esconderse, a interpretar claves, a montar vigilancias...

Vela se encuentra más interesado en Lavinia de lo esperado. Por este motivo hay discusiones con Felipe, pero todo lo van arreglando.

Le solicitan a Lavinia que hable con Adrián, esposo de Sara, para ver si de alguna forma quiere prestar ayuda al movimiento. Adrián, que ya en su época de juventud, había tenido algunas inclinaciones hacia el movimiento, acepta prestar su carro, no sin antes reflexionar con ella acerca del peligro que corre.

El tiempo pasa entre entrenamientos, la construcción rápida de la casa y los amores con Felipe.

Itzá recuerda el sacrificio de su amiga para un dios, el sufrimiento de la clandestinidad...

La casa es terminada y entregada. Lavinia la conoce como la palma de su mano, igual que a los hijos, la esposa y la cuñada del general Vela.

Un día de regreso a su casa, Lavinia encuentra a Felipe sangrando en la puerta; la herida es terrible; él le suplica que explique a sus compañeros que al solicitar la ayuda de un taxista, éste había pensado que él lo asaltaba y le había pegado un balazo; también le cuenta que al día siguiente tomarán la casa de Vela y le suplica que ella tome su lugar en la acción. Felipe muere.

Lavinia va al lugar de encuentro y les explica todo, lucha por su participación, la aceptan y le explican cada uno de los movimientos.

Logran tomar la casa, solicitan la liberación de los presos políticos. Lavinia cuida a los rehenes, pero se siente aturdida, sobre todo por la mirada

de uno de los hijos de Vela. Comienza a interpretar esa mirada y por fin descubre: Vela se encuentra escondido en el cuarto secreto de armas y licores. No comenta con nadie, se dirige a él sigilosamente. Ambos aprietan el gatillo, dándose muerte.

Itzá ya siente el triunfo de Lavinia y también su compañía. Se alegra al comprobar el éxito de estos nuevos guerreros que luchan por la justicia y libertad.

Isabel Allende (1990:1)

*“Nace en Chile en 1942. Periodista de profesión empieza a trabajar desde los diecisiete años en la FAO . Sus crónicas periodísticas abarcan gran diversidad de temas. Ha publicado tres novelas: **La casa de los espíritus** (1982), **De amor y de sombra** (1984) y **Eva luna** (1987), obras que la sitúan en las primera fila de los narradores latinoamericanos.”*

Isabel Allende
De amor y de sombra

Irene vive en un asilo de ancianos, negocio montado por su madre, Beatriz Alcántara, en el primer piso de su enorme casa. Irene pasa por el asilo saludando a todos los huéspedes; su madre la espera en el segundo piso, molesta por la actitud que ella tiene con ellos y por no utilizar la puerta que evita pasar por allí. Rosa, la empleada, se identifica con Irene y no con la madre.

Digna Ranquileo, mujer pobre, vive en las afueras de la ciudad, descansa muy poco entre los quehaceres del hogar y los muchos hijos que debe alimentar; su esposo, cirquero de profesión, se ha ausentado casi durante una vida de la casa. Una de sus hijas es Evangelina, que fue intercambiada hace quince años, en el hospital. Al principio, las dos madres afectadas solicitan aclarar la situación, el hospital niega todo y nadie se encarga del asunto, así que ambas deciden criar a las niñas intercambiadas, bautizándolas con el mismo nombre.

Hilda y el profesor Leal viven, con un presupuesto ajustado, en una pequeña casa que comparten con Francisco, hijo soltero, psicólogo en busca de empleo, y con Javier, hijo casado, quien por penurias económicas, se trasladó con su esposa e hijos a vivir en la casa paterna. Tienen otro hijo,

José, sacerdote. Hilda y el profesor Leal son emigrantes españoles, que piensan regresar algún día a su país después de la caída de Franco.

Francisco no consigue trabajo de psicólogo, así que, por consejo de su madre, explora otros campos laborales. Es así como llega, con una cámara en mano, a una revista femenina, donde es entrevistado por Irene y puesto a prueba en un artículo que ella debe hacer sobre las prostitutas. Consigue el empleo y comienza entre ellos una linda amistad.

Digna Ranquileo y su esposo se encuentran muy preocupados, pues Evangelina ha comenzado a padecer unos extraños ataques. Al principio busca curanderos que le dan remedios poco eficaces; sacerdotes que, con sus oraciones, no han logrado nada, y doctores que le prestan poca atención. La gente comienza a hablar de la chica como si se tratara de una santa, y hasta promueven reuniones en su casa, con el fin de observar el ataque de la jovencita.

El padre de Irene, Eusebio Beltrán, muy adinerado en alguna época, emprendía tantos locos negocios que terminó en la quiebra. Esto y su mala relación con Beatriz, lo llevó un día a desaparecer por completo, sin rastro alguno. La necesidad en la que se vio Beatriz, la condujo a abrir el asilo.

Irene tenía novio, Gustavo, un oficial del ejército que, por sus continuas giras, dejaba a Irene sola.

Francisco llegó por Irene. Ese día harían el reportaje de la casa de los riscos, como le llamaban al lugar donde vivía Evangelina. Partieron en la moto de Francisco, se presentaron como reporteros y fueron bien recibidos. A las doce del medio día la joven cayó en el ya acostumbrado ataque, muchos de los asistentes le pedían deseos y la llamaban santa. De repente irrumpió en la casa un grupo del ejército, entre ellos el hermano mayor de Evangelina, quien imprudentemente le había contado al teniente lo de los ataques de su hermana. El teniente Juan de Dios Ramírez se acercó a la cama donde la joven se sacudía, con intención de apresarla. Inesperadamente, ella le dio tal puñetazo que lo tiró por los aires, luego lo sacó de la casa. El teniente, desconcertado, ordenó la retirada, no sin antes velar el rollo de fotos que Irene se había apresurado a tomar.

Mario, el peluquero oficial de la revista, homosexual declarado, ahora lleno de riquezas, reconocimiento público y amores tuvo una niñez llena de penas. Irene es su amiga.

Irene comparte comidas con los Leal; todos la quieren y reciben felizmente. El profesor platica de la guerra y de su exilio, el sacerdote hace referencia a las penas que pasa la gente, los niños protestan por la comida, todo como una familia normal; sólo Javier, el hermano mayor, se mantiene distante, como en otro sitio, haciendo nudos con una cuerda.

Francisco, al conocer a Gustavo, no simpatizó con él, sobre todo al verse despojado de Irene, a quien amaba, y al enterarse, después de una pregunta franca, que ella ya no era virgen. Ahora Gustavo partía a otra misión y Francisco podía nuevamente sentirse tranquilo.

Un día que Irene y Francisco fueron invitados a la casa de los Ranquileo, se enteraron de que Evangelina había sido secuestrada por el ejército. No habían averiguado nada de ella. Recorren hospitales, cuarteles y morgues sin tener noticias de la muchacha; Irene comienza a ver una realidad hasta entonces insospechada.

Irene y Francisco pasan un día de desesperanza al no encontrar a Evangelina. Javier sale a buscar trabajo como siempre y aparece ahorcado.

Irene entrevista a los soldados del cuartel y les pregunta a dónde se llevaron a Evangelina: le contestan que fue liberada después de una entrevista de rutina.

Digna le cuenta a Irene que Pradelio, su hijo, se ha escapado del cuartel; Irene y Francisco deciden irlo a ver. Después de una larga expedición que termina en un alto riesgo, encuentran a Pradelio. Él siempre había estado enamorado de su hermana, consciente de que no era su verdadero hermano; por eso decide nunca regresar al servicio militar.

Después de que Evangelina golpea al Teniente, él es detenido y se entera del secuestro y asesinato de su hermana; sabe donde se encuentra enterrada. Les revela el lugar a Irene y Francisco.

Beatriz regresa de un viaje que hacía una vez al año con su joven amante y encuentra a una Irene cambiada, endurecida. Se realiza una velada en el asilo.

Irene y Francisco parten juntos a la mina señalada por Pradelio; con mucho esfuerzo, logran entrar y es grande su sorpresa al encontrar muchos cadáveres, algunos todavía en descomposición. A pesar de los sucesos, esa noche se amaron.

Irene y Francisco informan a Digna de su hallazgo. Francisco recuerda cuando, de jovencito, escapó de la casa para unirse a un grupo de revolucionarios inexpertos y de cómo su padre lo fue a traer. También de la imprenta clandestina que por mucho tiempo tuvieron en la cocina de la casa. Contaron lo ocurrido a los padres de Francisco y luego a José, el hermano cura, que decidió hablar con el cardenal. El cardenal convocó a un grupo de personas, lo que despertó la curiosidad de la policía, pero no intervino.

Por la mañana, una comitiva encabezada por el Obispo auxiliar se dirigió a la mina y comprobó lo que había en su interior. Redactaron una

carta al Presidente de la Corte Suprema revelando todo y solicitando aclarar los hechos.

Irene rompe su noviazgo con Gustavo y le informa a su madre.

El general da cabida a otras noticias para que la de la mina se fuera olvidando.

Irene cita, con pretexto de un reportaje, al Sargento Faustino Rivera, para que le cuenta exactamente cómo fue la muerte de Evangelina e incluso le muestra su diario, donde lleva cuenta de todo.

Irene busca a la otra Evangelina, quien le cuenta que el teniente Juan de Dios Ramírez allanó su casa y así perdió a su padre y a varios de sus hermanos.

Asesinan al Sargento Faustino Rivera. Balean a Irene en la puerta de la editorial y pasa días entre la vida y la muerte, pero logra sobrevivir.

Gustavo, su antiguo novio, la visita; Francisco le cuenta todo lo sucedido. Gustavo, hasta en ese momento, comprende realmente lo que pasa en el país y sufre; recomienda que la saquen de inmediato o la matarán. La recuperación es dura y lenta.

Francisco recupera varias cintas que Irene había dejado escondidas con una de las ancianas del asilo y que sólo así se habían salvado del cateo que sufrió su casa. Dichas cintas, que contenían las declaraciones de Digna,

Pradelio y el Sargento Faustino, fueron entregadas al Cardenal para ser usadas en el juicio que pronto comenzaría en contra de los guardias.

Mario transforma a Francisco e Irene que, disfrazados, salen del hospital y se refugian en su casa.

Evangelina es una de las que declaran en el juicio, al tiempo que se desarrollan huelgas y disturbios.

Gustavo inicia dentro del ejército un movimiento en contra del gobierno; es detectado y asesinado. Después de que Irene se siente mejor, inician su viaje al exilio.

María Rosa Lojo (1998:1):

*“Nació en Buenos Aires en 1954. Ha publicado **Visiones** (1984, Primer Premio de Poesía de la Feria del Libro y Tercer Premio Municipal), **Marginales** (1986, cuentos) y **Canción perdida en Buenos Aires al Oeste** (1987, novela), ambos premiados por El Fondo Nacional de las Artes; **Forma oculta del mundo** (1991, Primer Premio de Poesía Dr. Alfredo Roggiano, Tercer Premio Regional a la Producción Literaria y Segundo Premio Municipal) y **La pasión de los nómades** (1994, novela finalista del Premio Planeta, Primer Premio Municipal Eduardo Mallea y única mención especial del Premio Nacional de Narrativa). En 1991 le fue concedida la beca de la Fundación Antorchas destinada a artistas sobresalientes en los comienzos de su plenitud creativa (...)*

*Es doctora en filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires y se desempeña como investigadora del CONICET. Ha sido conferencista y profesora visitante en diversas universidades de la Argentina y del extranjero, y ha participado como escritora invitada en ferias del libro y congresos internacionales. Es colaboradora permanente de las revistas **Cultura** y **First**, y del **Suplemento de Cultura de La Nación**.*

María Rosa Lojo
La princesa federal

El doctor Gabriel Victorica, por motivos de trabajo, se encuentra en Londres, durante la primavera de 1893. Busca a Manuela Rosas para concertar una entrevista. Ella lo recibe, encantada de poder compartir con él recuerdos de antaño, pues el abuelo de él la había conocido. Gabriel se siente atraído por la figura de esa anciana que en un tiempo fue la princesa federal amada y odiada por muchos en Argentina. Comentan acerca de la familia, de los nuevos tiempos, de la política después de la caída de su padre.

Se interpone una voz del pasado: el diario de Angelis; es un letrado que, mandado a llamar por doña Manuelita, va camino de la casa imperial.

La plática continúa, él le cuenta acerca de los avances en la cirugía y le dice que pronto irá a conocer a un doctor llamado Sigmund Freud, quien cree estar revolucionando la medicina.

(Voz:) Doña Manuelita, en la casa imperial y rodeada de jovencitas como ella, parece dominar todo a su alrededor con esa gracia femenina de la que está dotada.

La señora recuerda la muerte de su madre, Encarnación Escurra, lo que significó para ella, aún una chiquilla, y el papel que ella comenzó a representar en la vida de su padre, y por consiguiente, en la política.

Llega el esposo de Manuela, Máximo, quien es presentado al doctor. Después de la charla, el doctor se retira, no sin antes aceptar la invitación de Manuela para continuar la plática al día siguiente.

Gabriel escribe a su esposa e hijos y recuerda cómo, en un cajón de papeles inútiles de su padre, había encontrado el diario de Ángelis, que ahora lo motiva tanto a conocer a esta dama. Continúan las pláticas entre Gabriel y Manuela. Recuerda a su abuela paterna y cómo su padre, después de abandonar a la madre para buscar su propio destino, regresó e, hincado, le pidió su bendición.

Manuela cuenta que, por culpa de la anarquía, se fue contaminando todo y su padre se vio obligado a poner orden; el doctor la cuestiona si no fue demasiado alto el precio pagado en sangre. Manuela defiende a su padre. Ella cuenta sobre su educación (a su juicio costosa por la época y buena), acerca de su amor por los caballos y comenta de Angelis, hombre mayor letrado y casado con una francesa mucho menor que él.

(Voz:) El diario hace referencia de la muy corta instrucción de Manuela y su excesivo amor por los caballos.

Llega el esposo de Manuela; el doctor es invitado a cenar y deciden juntarse nuevamente al día siguiente. Ella afirma disfrutar contando su historia, para que observe el pasado desde diferentes ángulos.

El doctor se dirige a la casa de Manuela. Ese día le ha prometido contar la historia de Facundo, el Tigre de los Llanos de la Rioja, visto por todos como el caudillo bárbaro asesino. Ella lo recuerda como el caballero galante que brindó por ella y ayudó alguna vez a la esposa de su enemigo. El doctor hace un comentario fuera de lugar y Doña Manuela se altera mucho. La velada terminó antes de lo planeado.

(Voz:) cuenta cómo el profesor Angelis, a cambio de papel (en ese tiempo muy escaso) para seguir elaborando la historia de su país, aceptó ser maestro de Manuela.

El doctor recibe otra invitación de Manuela se disculpa y ella lo acepta. Habla sobre la reelección de su padre de acuerdo al voto de la legislatura y aborda otros temas de gobierno. Finaliza la plática con el relato de un extraño sueño que ella tiene en la iglesia.

(Voz:) Angelis habla en su diario acerca de cómo hasta en la misa se emplean palabras de Don Juan Manuel. Agrega sobre la débil salud de su esposa.

El Doctor duerme en casa de Manuela.

(Voz:) Angelis cuenta que su esposa no puede darle un hijo. Habla del bloqueo que hay en el país y de las penas y carencias en las que viven. También de sus visitas a la casa de Rosas y de la plática que una vez

escuchó, cuando el padre estaba involucrando a la hija en política: conspiraciones, bloqueo, etc. Cuenta acerca del estallido de movimientos revolucionarios, de su desdicha, de la falta de papel para escribir la historia (pues Manuela no cumplió), de la visita de la princesa federal a su casa de campo y su solicitud para que regresara a la casa presidencial a prestar sus servicios. Relata cuando una vez observó a Manuela, que todavía se encontraba en bata y le bromeaba extrañamente; describe cómo ella atiende a los necesitados sin abandonar su actitud principesca y cómo la vigila por el puro gusto de verla y sentirse cerca... Nos cuenta cómo Lavalle, el revolucionario, fue vencido por las circunstancias y cómo la muerte convive con ellos.

Después de la siguiente visita, el doctor recibe invitación para dormir en el cuarto de huéspedes de la casa. Acepta.

Gabriel y Manuela platican del catolicismo de Manuel Rosas.

(Voz:) Angelis cuenta de sus clases con Manuela y de cómo los problemas políticos la interesan y la distraen.

Manuela cuenta al doctor acerca de Eugenia, la mujer que acompañó a su padre después de la muerte de Doña Encarnación y de los hijos malcriados que le dio. Cuando la plática se acerca a las críticas al gobierno ella se defiende, cuenta los motivos.

(Voz:) En el diario Ángelis habla sobre el consejo que da a Manuela para la búsqueda de marido y cómo se agrega solapadamente él mismo como candidato. Reflexiona sobre la forma en que Manuel Rosas interfiere, impulsando sus relaciones con Howden.

Otro día de plática. El doctor se sorprende al afirmar Manuela que su padre no pensaba estar en el poder de por vida; ella, al notar su actitud de sorpresa, le dice que quién sabe qué cosas le han metido en la cabeza los unitarios, al mismo tiempo que se entristece por la imagen que su padre ha dejado en la historia.

Se acerca el cumpleaños de Manuela, y ella, al abrir un cajón de recuerdos, evoca sus cumpleaños anteriores en Argentina. Recuerda la muerte de una amiga que, por haberse enamorado y escapado con un sacerdote, fue juzgada y ejecutada. Llega la fiesta de cumpleaños.

(Voz:) Angelis, molesto, escribe sobre los pretendientes de Manuela.

Manuela se enferma y el doctor la cuida. Manuela aprovecha para hablarle de la época que vivió en Londres, y cómo su padre vivió en hoteles y tuvo que acostumbrarse a no mandar más. Le relata cómo don Juan Manuel se retiró al campo e hizo su pequeña Argentina en una finca; lo duro que fue cuando ella había decidido casarse con Máximo, con quien tuvo un idilio en Argentina.

(Voz:) Cuenta Angelis, cómo hizo saber su amor y cómo ella lo puso en su lugar. Escribe sobre el avance de los movimientos revolucionarios y la huida de Rosas con su hija, ambos disfrazados y cómo él había recuperado su casa y sus libros, y cómo recordaba siempre a Manuela Rosas.

El doctor no encuentra el diario, Manuela lo ha tomado y leído. Manuela lo comenta con él, sin rencores. Termina sus estudios y es necesario partir a Viena. Se despide con mucho cariño.

Marcela Serrano (1996:1):

*“Nació en Santiago de Chile en 1951. Licenciada en Grabado en la Universidad Católica. Entre 1976 y 1983, incursionó en diversos ámbitos de las artes visuales, con énfasis en instalaciones y acciones de arte (entre éstas el ‘body art’). Las tres novelas que Marcela Serrano ha publicado hasta hoy **Nosotras que nos queremos tanto** (1991; Alfaguara, 1996), **Para que no me olvides** (1993) y **Antigua vida mía** (Alfaguara 1995) – suman ya numerosas ediciones. **Para que no me olvides** obtuvo en 1994 el Premio Municipal de Literatura, en Santiago; **Nosotras que nos queremos tanto** por su parte fue galardonada ese mismo año con el premio ‘Sor Juana Inés de la Cruz’, distinción concedida por la editorial francesa Coté Femmes/Indigo y la Feria del Libro de Guadalajara (México) a la mejor novela hispanoamericana escrita por una mujer.”*

Marcela Serrano
Nosotras que nos queremos tanto

Con la voz de María se inicia la obra. María está en un hospital porque creyeron que había intentado suicidarse; ella ahora sólo quiere descansar.

Ana, mujer de 52 años, prepara la casa de verano frente al lago y espera a unas amigas que conoció hace diez años en el Instituto de Investigación: Isabel, pedagoga; Sara, ingeniera civil; y María, periodista joven.

Se reúnen en la casa del lago, las cuatro amigas y, felices, brindan por su reciente encuentro.

La historia de María comienza hace 37 años; hija de padres acomodados, con expectativas muy claras para sus descendientes. La mayor es Magda, poco agraciada pero muy inteligente; le sigue Soledad, no menos inteligente y bondadosa; después viene María, muy linda pero considerada tonta. Las chicas pasaban el verano en la finca de la familia.

Las cuatro amigas descansan y platican en la casa frente al lago.

Treinta y dos años tenía Sara cuando comenzó a trabajar en el Instituto. Criada por su madre, sus dos tías solteras y su abuela viuda, era el centro de atención de ese hogar de clase media. Decidió estudiar en la

universidad, se interesó por la política y conoció el sexo. Era una mujer tranquila y consciente de lo que hacía.

Ana, dispuesta a hacer el desayuno, se encuentra con Isabel. Isabel era una persona acostumbrada a levantarse temprano porque tenía que atender a su familia y prepararse para su trabajo en la oficina. Cenaba con su esposo Hernán y escuchaba siempre lo que él tiene que contar. Durante su niñez, Isabel había vivido con sus tres hermanos y su madre, que vivía deprimida por la ausencia del esposo que trabajaba fuera de la ciudad. A medida que Isabel crecía, la ausencia del padre fue deteriorando cada vez más a la madre, hasta el punto de volverla una alcohólica. Un día que el padre llegó de improviso, halló a su esposa en muy mal estado. Días después murió. A pesar de la corta edad de Isabel y sus hermanos, la casa, en pocas semanas funcionó bien. El padre se había trasladado a la capital y contratado a una niñera. A los 19 años, Isabel se casó con Hernán.

Soledad, la hermana de María, tuvo una hija, Esperanza. Nunca se supo nada del padre. María fue quien contó a su sobrina acerca de la niñez y adolescencia de ellas, sobre Soledad y su sencillez, y sobre la dureza de la abuela.

Sara, al marcharse de la casa de su madre y tías hacia la capital, conoció a la gente del partido; se hizo secretaria de uno de los dirigentes,

Francisco, y comenzó a vivir una vida muy agitada. Francisco y ella se enamoraron y comenzaron una vida juntos; les tocó ver la llegada de la Unidad Popular al poder. Un golpe militar los llevó a la clandestinidad. Francisco le fue infiel innumerables veces y ella siempre lo perdonó. Por fin decidió regresar a Chile, criar a su hija de un año y renunciar a Francisco.

María ha tenido muchos amores; uno de ellos es Rafael, al que conoció en una galería, con el que se acostó ese mismo día y con el que vivió tres años. María conoció y practicó las artes amatorias desde muy temprana edad: con jovencitos de su clase, amigos, amigos de sus amigas... En la universidad, lo mismo. Vicente, un activista político, la llevó de lugar en lugar, durante tres años. Rodolfo, un cineasta, compartió con ella una relación que parecía muy estable, pero sólo duró unos años; luego Rafael...

Isabel recuerda una pelea con Hernán. Por primera vez decidió rebelarse y pasó la noche sola en un hotel, disfrutando de la soledad. María recuerda incidentes con distintas mujeres, el enloquecimiento de una por haber sido abandonada y la impotencia sexual de otra con su marido. También el día que conoció a Ignacio en una fiesta de su hermana, Rafael no había querido acompañarla. Tiempo después, rota su relación con Rafael, en uno de sus viajes de trabajo, María se reencuentra con Ignacio pero él se niega a acostarse con ella, asunto que la disgusta.

Las amigas siguen en la casa frente al lago, platicando sobre los conflictos políticos que vivió su generación; del amor, del trabajo...

María recuerda que la primera en perder la virginidad fue su hermana Soledad, quien fue abusada por su novio, quedó embarazada y abortó.

Ana cuenta su gran secreto: ya casada y con dos hijos, había partido a Estados Unidos a hacer un “master”. A pesar de sus esfuerzos por ser fiel a su marido, un día antes de regresar se había acostado con su compañero. Luego al regresar, tuvo relaciones con su esposo. Resultó embarazada sin saber quién era el padre de su hijo. Esta angustia la había acompañado desde entonces.

María comienza una linda y larga relación con Ignacio; no viven juntos, pero se visitan y son pareja ante a la sociedad. Ella le cuenta sobre el terrible domingo que les avisaron de la muerte de Jaime, el esposo de Soledad, ambos metidos de lleno en el Partido; le cuenta que siempre vivían en peligro y que su hermana comenzó a morir de tristeza.

Isabel recuerda otro terrible incidente con Hernán. Era el cumpleaños de él y ella intenta darle una magnífica sorpresa comprándole un equipo de sonido, del que él se burla inclusive frente a otras personas.

Sara tiene una experiencia muy peculiar con un enamorado con el que va a la cama después de años de no tener sexo con nadie; él, al darse cuenta

de que no hay un condón, decide no hacerlo, a Sara que había esperado tanto, le parece ridículo. Sin embargo, María apoya al amante precavido y luego ambas recuerdan la vez que Sara tuvo relaciones sexuales con una mujer.

Isabel siempre maestra de la universidad, madre y esposa abnegada, también tiene su secreto: casi sin saber cómo, se volvió amante de un alumno, Andrés, con el que pasó muchos momentos de pasión. Un día, con el pretexto de asistir a un congreso, partió con Andrés. En la noche, la terrible noticia: su hijo Pablo estaba preso por drogas. Eso terminó definitivamente con esa relación y sus clases universitarias.

María, en la actualidad, está destrozada: su querida Soledad, quien hace algún tiempo le encargó a su hija Esperanza, está muerta, producto de un enfrentamiento. María cae en una depresión muy grande, pasan meses y ni el amor de Ignacio ni el de sus amigas logran sacarla adelante. Decide irse a Nueva York por motivos de trabajo; tiene un amante y, con esto, echa a Ignacio de su vida. De regreso se involucra con un camarógrafo más joven que ella, pero pronto la abandona. Comienza a beber y a fumar desmedidamente.

Un día de desesperación, bajo los efectos del alcohol, toma tranquilizantes y debe ser conducida al hospital. Después de este incidente,

las cuatro amigas deciden ir a la casa del lago y pasar unas vacaciones juntas.

Ya de regreso, María platica con Ana y le cuenta que le ha mandado una nota a Ignacio pidiéndole que vuelva a su lado. Pronto irá por Esperanza, para cuidarla tal y como su hermana le pidió. Está dispuesta a rehacer su vida.

Elena Poniatowska (1999:1):

*“Elena Poniatowska nació en París en 1943, pero se nacionalizó mexicana. Escribió novelas, cuentos, ensayos, una obra de teatro y gran cantidad de crónicas y libros de entrevistas. Su obra fue traducida al inglés, francés, italiano, alemán, polaco, danés y holandés. Algunos de sus libros más importantes son: **La noche de Tlatelolco** (1971), **La flor de lis** (1988), **Tinísima** (1992), **Paseo de la Reforma** (1996) y **Octavio Paz y Las palabras del árbol** (1998).”*

Elena Poniatowska
La flor de lis

La madre de Mariana es duquesa. Ella y su hermana Sofia viven con sus padres en París, pero a cargo de una niñera que las acompaña la mayor parte del tiempo. Las niñas se rebelan ante contra mujer, pues prefieren a la anterior, que sin muchos estudios las consentía y quería más.

La guerra arranca al padre de su lado y las obliga a marchar al sur con los abuelos paternos. La madre viaja mucho a París; las niñas asisten al colegio y son cuidadas por la abuela. Parten en barco hacia Cuba y luego en avión hacia México. Al llegar son recibidas por la abuela materna. Mariana se divierte conociendo, junto con su hermana, su nuevo mundo, su nuevo idioma, su nueva familia; juegan en las calles y con todos los perros callejeros que la abuela adopta. Asisten a un colegio inglés.

La madre ensancha sus horizontes sociales y se ausenta mucho de la casa, lo que hace sentir muy mal a Mariana que la admira y la necesita muchísimo.

La guerra continúa. Mariana busca a su padre entre los soldados que aparecen por cualquier lado. Las niñas hacen la primera comunión.

Un día madre e hijas parten de vacaciones a Acapulco en automóvil. Mariana disfruta de las olas del mar.

Mariana siente a su mamá cada vez más ocupada y distraída; entra y sale, la llaman mucho por teléfono. La madre escucha poco a su hija y ella se siente abandonada.

A la casa llega Magda, mujer que, por petición de las niñas, es contratada como niñera. Desde que la vieron se sintieron muy identificadas con ella. Mariana recuerda una vez que las llevó a la iglesia a rezarle a la Virgen de Guadalupe; otra cuando en una feria las dejó subir los carros voladores; otra la ida al cerro...

Con la abuela, le dan de comer a un viejito que llega con su perro, al que ellas le han puesto de nombre Chocolate. Una vez que el viejito se ausenta, la abuela lo va a buscar: lo encuentra muerto, se lleva a Chocolate a vivir a la casa.

Mariana cuenta la vez que las invitaron a montar a caballo en la finca de Eduardo Iturbide. Todos se sentían felices con él por haber invitado a su madre.

Su madre va al Hípico y al Jockey; ellas, a la iglesia y a jugar con Magda.

Su madre informa a Mariana y a Sofía que la abuela paterna ha muerto. Mariana se siente muy mal por no sentir pena, pero ya han transcurrido cinco años desde la última vez que la vio.

El padre se presenta vestido de militar y la madre de Mariana la reprende porque no para de abrazarlo y tocarlo. Recuerda la vez que los cuatro fueron a Acapulco, cuando él la escuchó tocar piano por primera vez y vio bailar a Sofía.

A los catorce años de Mariana, nace su nuevo hermanito: Fabián.

Las dos hermanas parten a Estados Unidos a estudiar.

Todas sus compañeras vienen de familias muy importantes, no se conoce la pobreza.

Cuando se encuentran con la madre de regreso en México, ella nota que es otra, pues se dedica sólo a su padre y a Fabián; también encuentra a la abuela más vieja y triste.

Mariana asiste a un retiro de Semana Santa y conoce al Padre Teufel. Al principio, las actitudes del padre, la desconciertan; sin embargo se siente atraída por su personalidad y su manera revolucionaria de pensar. A su amiga Casilda no le agrada. Cada oportunidad que se presenta, el padre, que la llama Blanca, la interroga y cuestiona. A Casilda le toca primero la cita personal con el padre y, al salir, se encuentra más desencantada que antes y le pide a Mariana que no vaya. Mariana asiste a su cita y el padre le hace muchas preguntas sobre su vida, creencias y costumbres, siempre cuestionándola de todo. Al final le propone involucrarse en un grupo que

está gestándose en Nueva York, que lucha por la igualdad; Mariana queda cautivada por el padre, más por hombre que por sus ideales.

Mariana invita a comer al padre Teufel a su casa, que llega con más de una hora de retraso, no acata las normas de cortesía y acapara la conversación. Mariana se siente desconcertada ante la situación; en cambio su madre y su tía se sienten identificadas con él, tanto que lo invitan a vivir en la casa, en un cuartito independiente. Su madre y su tía se mantienen absortas pláticas y ante las nuevas actividades que tienen. Mariana se encarga de alimentarlo y de ayudarlo con algunos papeles o asuntos. Mariana siente celos de su madre, por el tiempo que ellos pasan juntos.

Un día Teufel le pide a Mariana cena para él y una señora que llegará ese día. Mariana prepara una mesa muy elegante; él al ver la cena, toma violentamente a Mariana, le grita la sacude. Mariana sin saber que hacer, llora. Esto descontrola más al padre. Mariana corre con su madre que, al enterarse de lo que ha pasado, confronta a Teufel.

Mariana cada vez siente más lejana a su madre y su padre comienza a incomodarse por la situación. Sólo cuando Teufel está en casa las cosas parecen animadas e interesantes para su madre; de lo contrario, está como ausente. Cada vez sale más de casa.

Una noche que el secretario del padre, se encontraba en la casa, el padre comienza a gritarle a Sofía por su coqueteo con el secretario y a reprender a su madre por permitirlo. La madre reacciona y lo pone en su lugar.

Mariana observa que todas las noches su madre escribe en una libreta y que cada día se encuentra más extraña. También el padre ha cambiado y ahora suele responderle con groserías cuando le consulta algo; sin embargo, Mariana sueña con Teufel y hasta comienza a sentir deseos sexuales por él.

La madre echa al sacerdote de la casa, explica a Mariana que lo ha tenido que hacer porque él tiene relaciones con mujeres y eso no es correcto. Las dos se deprimen muchísimo, sobre todo su madre que, en los siguientes días, se enferma y no quiere salir de su cuarto ni platicar con nadie. Teufel tiene problemas con la colonia francesa; sus nervios llegan al límite y termina internado en un hospital.

Mariana asiste a una velada donde ve al padre, que le solicita platicar a solas con ella. Ella le reprocha su actitud poco moral y él se entristece porque pensó que ella nunca sabría nada; en la plática, él parece desvariar.

A Teufel lo envían a Francia, la familia lo despide.

Mariana continúa su vida, con la inseguridad y el miedo que siente por dentro.

Ángeles Mastreta (1996:1):

“ Periodista, poeta y narradora mexicana que nació en Puebla, Puebla, el 9 de octubre de 1949.

Estudió la licenciatura en comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Fue directora de Difusión Cultural de la Escuela de Estudios Profesionales (ENEP) –Acatlan (1975-1977) y del Museo del Chopo (1979-1982).

Ha colaborado en Excelsior, Unomásuno, La Jornada, Proceso y Ovaciones.

*Obtuvo el premio Mazatlan de literatura, 1985, por **Arráncame la vida**.*

*Ha sido la primera mujer en ganar el prestigioso premio literario Rómulo Gallegos, con su novela **Mal de amores** (1995).”*

Ángeles Mastreta
Mal de amores

Diego Sauri nació en una isla del caribe mexicano, hijo de padres colonos.

Se volvió curandero como su padre. Un día lo atraparon, lo golpearon y lo encerraron en el camarote de un barco. Sin saber por qué, a sus veintisiete años lo liberaron en el Puerto de Veracruz, donde conoció a Josefa Veytia, con quien poco después casó.

Pasaron diez años sin hijos y, aunque se esmeraron por tener uno, se cansaron de esperar. Así que, sin muchas complicaciones, decidieron seguir disfrutando del sexo y de su vida tranquila juntos.

El doctor Octavio Cuenca queda viudo cuando aún su hijo es demasiado chico. Él le encomienda la crianza de Daniel a Milagros, que se esmera por cuidar al niño. Cuando el niño ya está más crecido, el doctor lo pide de vuelta; Milagros adquiere el título de tía.

Josefa, ya adulta, queda embarazada y tiene a una niña, a la que llaman Emilia. Milagros, la hermana de Josefa, contribuye a su crianza.

El doctor Octavio tenía las puertas abiertas para las reuniones familiares y políticas, así que conoce a la hija de los Sauri a los tres meses de

nacida. Daniel, de cinco años, queda encantado con la bebita. Daniel y Emilia se hacen amigos.

Daniel va a un colegio como interno. Emilia cae con viruela y su padre, que tenía en la parte de abajo de la casa una botica, la baña con hierbas especiales. La niña se libra de las marcas en la piel.

Un día, Emilia, sus padres y tía parten en tren a traer a Daniel, ya que todos irán al mar. La tía Milagros va acompañada de su eterno admirador, el Poeta Rivadeneira. Emilia y Daniel disfrutaban mucho del trópico. En anteriores vacaciones, Milagros los había llevado a recorrer Puebla.

Emilia extraña mucho a su amigo, sobre todo los domingos, ya que su padre participa en tertulias anarquistas en la casa del doctor Cuenca mientras ella se aburre.

Cuando Emilia desarrolla, Josefa percibe el paso del tiempo y por fin se siente en un siglo XX recién comenzado.

Los conflictos políticos y sus ideas revolucionarias llevan al doctor Cuenca a la cárcel; afortunadamente lo sacan de allí.

Milagros monta espectáculos en la casa del doctor. La primera vez que Emilia se presenta vestida como señorita, Daniel llega y la observa; ambos tienen que reconocerse nuevamente.

Daniel y su hermano Salvador, asisten a clubes clandestinos antireeleccionistas. Un día Daniel habla a toda la concurrencia sobre sus ideas.

Sol, la mejor amiga de Emilia, conoce a Salvador y se siente atraída por él.

La revolución se anuncia poco a poco; Milagros está dispuesta a luchar.

Emilia trabaja en la botica con su padre y es muy hábil con los remedios.

A Sol, sus padres la han comprometido; Emilia se siente muy desilusionada por esa actitud.

Se inicia un trato más íntimo entre Daniel y Emilia. Las familias aceptan esa relación.

Daniel continúa trabajando como revolucionario y les cuenta sus anécdotas. Un día, Milagros, Daniel y Emilia salen a repartir propaganda revolucionaria y van a ser apresados, pero logran salir ilesos.

Esa noche Daniel entra al cuarto de Emilia y duermen juntos. Cuando Josefa y Diego les preguntan sobre lo sucedido, no niegan nada.

Daniel es apresado. Rivadeneira, Milagros y Emilia van a la cárcel a sacarlo. Sólo dejan entrar a Emilia quien, después de ser manoseada por un guardia, recupera a Daniel.

Por un tiempo Daniel vive con los Sauri, pero luego se marcha para continuar sus actividades revolucionarias. Emilia queda destrozada. Apresan a Milagros. Rivadeneira, con tal de sacarla, cede una rica hacienda.

El día de la boda de Sol, Emilia conoce al doctor Antonio Zavalza. Está muy deprimida por no tener noticias de Daniel.

Un día, Emilia ayuda a curar a un herido junto con el doctor Cuenca y lo hace muy bien.

Daniel y su padre parten al extranjero. Emilia tiene muy pocas noticias de su amado. El movimiento armado se intensifica; hay encuentros por todos lados.

El dictador renuncia. Al enterarse del desfile triunfal que harán los revolucionarios, Milagros, Rivadeneira y Emilia, parten hacia la capital. Al ver a Daniel, ella corre a sus brazos y lo besa; él le corresponde, pero pronto le dice que tiene que partir y que en la noche la buscará. Emilia se queda

esperando su visita hasta que decide regresar a Puebla. Comienza a conocer un poco del trabajo del doctor Zavalza y le ayuda.

Un día, entretenida en la botica, Emilia se asusta cuando un niño la llama. Le explica que su madre está muy mal y que no encuentra al doctor Zavalza. Ella lo acompaña, y al revisar a la mujer que se desangra por haber intentado realizarse un aborto, se da cuenta de que no hay nada que hacer. La acompaña hasta que muere y luego va al entierro. El niño le pide que por favor no le deje, pues no tiene a nadie. Al regresar a casa, encuentra a su padre y al doctor Zavalza platicando; desfallece en los brazos del doctor y le explica su impotencia ante la mujer destrozada. El doctor se siente perdido ante aquella mujer que ya adora.

Zavalza le pide a Emilia que se casen y ella acepta ante el asombro de su familia. Comienzan los preparativos de la boda. Llega una carta de Daniel en la cual le cuenta a Emilia que ya no es maderista, pues el movimiento lo ha desilusionado. Ella continúa con los preparativos de su boda.

En una cena, Diego y Zavalza platican sobre la necesidad de ir a Europa; Emilia lo aprueba, cuando de pronto suena la flauta de Daniel. Ella, sin dudarlo, sale a su encuentro. Zavalza, tranquilo, acepta que todos los planes se vengán abajo.

Emilia parte con Daniel. Vive en cuartos pestilentes, se relaciona con gente de cantina, observa la pobreza muy de cerca y, sin embargo, se niega a regresar.

Daniel la regresa y parte. Ella vuelve a trabajar con Zavalza, quien jamás pregunta nada. Pasan meses y ella sólo recibe cartas de Daniel. Zavalza inaugura un pequeño hospital donde Emilia ve realizados muchos de sus sueños. La seguridad que este doctor le brinda la hace sentirse tranquila y bien.

Muere el doctor Cuenca. Emilia parte a San Antonio, y regresa con Daniel. Aún lo ama. Después de un tiempo, él parte a México a luchar. Ella, inscrita como oyente, estudia en la universidad. Pasan dos años. Recibe cartas de Sol, de Zavalza y de su familia, pero nunca de Daniel.

Milagros le avisa a Emilia que a Daniel lo creen muerto. Ella parte de inmediato a México y comienza la búsqueda hasta que lo halla. Lo acompaña en situaciones verdaderamente difíciles: pasa hambre, padece suciedad y enfermedades, pero la sola compañía y el amor por él la hacían continuar. Daniel le anuncia una nueva partida, pero ahora ella se niega a ir con él y regresa a su casa. Comienza de nuevo a trabajar con Zavalza. Recibe unas pocas cartas de Daniel, que le anuncian que aún vive. Un día que se siente muy sola busca a Zavalza y duerme con él.

Pasan los años. Emilia y Zavalza consolidan su relación, hacen crecer y prosperar el hospital, y ambos son muy felices.

Emilia parte a Estados Unidos a recibir unos cursos especializados de medicina, acompañada de su tía Milagros. No asiste a ninguno, pues se encuentra con Daniel y reanudan sus amores. Daniel parte a unas reuniones políticas y Emilia regresa a México. Zavalza la espera con los brazos abiertos; ella le dice que vio a Daniel y él le afirma que ya lo sabía, nunca más se toca el tema. Tiene hijos con Zavalza y llega a conocer a sus nietos. Nunca nadie supo cuántas veces Daniel la buscó; la casa antigua de Milagros fue el refugio de ambos. Sin embargo, siempre le afirmó a Daniel que los hijos y los nietos fueron, son y serán del doctor Antonia Zavalza.

Nélida Piñón (1994:1):

“Nació en Río de Janeiro (1937) de una familia de origen español. Periodista y Licenciada en Filosofía, Piñón se define a sí misma como una escritora de 24 horas diarias, cuya fascinación por la palabra se remonta a su temprana infancia y, más atrás, a sus ancestros gallegos y celtas. En la actualidad, ocasionalmente combina el quehacer literario con el periodismo y la actividad docente.

*Piñón debutó como novelista en 1961 con **Guía** y desde entonces ha publicado más de diez títulos, que han sido traducidos a varios idiomas. Se ha desempeñado como jurado de importantes concursos literarios, entre ellos el Premio Latinoamericano de Novela (Nicaragua) y el Premio Casa de las Américas (Cuba), y desde 1989 es miembro de la academia brasileña de letras.*

*Su novela anterior, **La república de los sueños** (Grupo Editorial Norma 1991) fue galardonada con el premio PEN club y considerada por la Asociación de Críticos de Arte como la mejor novela de 1985. **Dulce canción de Caetana**, publicada en Brasil en 1987, recibió el premio UBE a la mejor novela del año.*

Nélida Piñón
Dulce canción de Caetana

Polidoro salió una mañana de su casa, sin hacerle caso a su esposa Dodo. Está cansado de ella, de sus hijas y de todo lo que le rodea. Su padre Joaquín es un hombre ya bastante adulto y amargado; nunca ha tenido una buena relación con él.

Un día se topa con su amigo Ernesto, y le cuenta que Don Joaquín ha llegado a comprar a su farmacia veneno; está preocupado porque pronto se inaugurará el busto del viejo en el parque. La ocurrencia de Virgilio, el historiador del pueblo, desagradó mucho a don Joaquín. Polidoro se dirigió al Hotel Palace, del que él es dueño.

Cuando él era niño, llegó al pueblo un paulista de nombre Antunes, que rivalizó con su padre. Este hombre comenzó a construir un hotel demasiado lujoso para el pueblo, por lo que Don Joaquín lo atacó. Un día el visitante llegó sin invitación a la casa y comió con ellos. La madre, Magnolia y Polidoro quedaron encantados con el extranjero. Polidoro le pidió ser su socio en el hotel y fue quien le dio su nombre. Así comenzó una relación entre ellos. Pasa el tiempo, el extranjero se marcha y, poco a poco, Polidoro queda como único dueño.

Polidoro llega al hotel y, como de costumbre, pregunta a Mágico, el recepcionista, por su correspondencia. La respuesta siempre es negativa. Se instala en el bar. Intempestivamente llega Virgilio con la noticia de que la carta por fin ha llegado: es Caetana quien, después de veinte años de espera, regresa a Trinidad.

Comienzan los preparativos; la primera preocupación es que el tren ya no llega a Trinidad.

La casa de la Estación, como es llamado el burdel del pueblo, es administrada por Gioconda. Las tres gracias son: Dina, Palmira y Sebastiana; todas viven bajo la sombra del recuerdo de Caetana. Polidoro y sus amigos frecuentan hasta dos veces a la semana el burdel, como una forma de mostrar su hombría.

El día que Polidoro se entera de la llegada de Caetana, aparece de madrugada en la casa de la estación. Gioconda lo recibe y es la primera en enterarse. Polidoro le solicita que ella, por medio de la influencia que tiene en algunos hombres, arregle que, tan sólo por una vez, el tren llegue a Trinidad. Ella acepta con la condición de ir a recibir a Caetana.

Obsesionado por tener todo tal y como Caetana lo había dejado, le pide a Mágico que saque a los huéspedes del cuarto número cinco. Busca en

la bodega, con la ayuda de sus dos fieles amigos, Virgilio y Ernesto, el colchón exacto que ella usó y acomoda el cuarto.

Se guarda el secreto del retorno de Caetana, para no despertar la curiosidad del pueblo y los celos de Dodo.

Caetana llega el viernes. Ernesto, Virgilio y Polidoro se encuentran en la estación del tren; aparece Gioconda con las tres gracias, asunto que enfurece a Polidoro; sin embargo los ánimos logran calmarse. Las muchachas cargan celosamente un pastel, argumentando que a ellas no se les había olvidado el cumpleaños de Caetana. Los minutos transcurren lentamente. Llega el tren y todos buscan a Caetana. Las tres gracias se abalanzan sobre una mujer que ha bajado del tren y la abrazan; no es Caetana. El tren parte sin noticia alguna de la mujer. Todos están desilusionados. Se comen el pastel. De repente aparece Francisco, el cantinero del hotel, con la noticia de que ella ha llegado...

Caetana se sorprende de encontrar en el cuarto todo tal y como ella lo había dejado tantos años atrás. Su asistente personal, Baliño, la colma de atenciones. Ella recuerda constantemente a su fallecido tío Vespesiano, que le enseñó el arte de actuar. Era un nómada que pasaba muchas penas y soñaba con el arte. Danilo, su otro fiel compañero, platica con Francisco en el bar del hotel. Se dedica a beber y contar las historias de los éxitos de

Caetana. Polidoro llega al hotel y le pide a Francisco que lo anuncie con Caetana.

Mientras Polidoro se encuentra en el cuarto de Caetana, los demás están reunidos en la cocina. Danilo cuenta cómo se deshizo el grupo de teatro del tío Vespesiano.

Aparece Polidoro en la cocina con el rostro descompuesto por que Caetana no quiere ver a nadie en ese momento.

Polidoro llega a la casa de la Estación y les cuenta cómo fue su encuentro con Caetana: ella se encontraba distante, fría y hablaba mucho del tío Vespesiano, de sus giras, de sus frustraciones, como ella nunca pudo actuar en el teatro de Río de Janeiro. Cuando él intentó besarla, ella se alejó y lo retó a que besara su mano con olor a ajo. La abrazó y ella se desprendió. Sin terminar su relato, Polidoro se marcha de la casa de la Estación. Caetana le ha reclamado a Polidoro una deuda pendiente, y él se siente desconcertado. Él le ofrece toda su fortuna. Ella le enseña una carta, la “reina de espadas”, y le pregunta si aún recuerda. Él se aprovecha y la abraza por detrás; se excita. Ella se suelta del abrazo y le dice que lo único que quiere es ser la Callas, actriz griega de ópera.

Polidoro frecuenta al griego Venieris, vendedor de telas y pintor aficionado, para practicar el griego. Está frustrado por no tener familia, ni

patria. Polidoro le propone que, por medio de enormes lienzos pintados, transforme el viejo teatro Iris en un majestuoso lugar y él acepta.

Gioconda les dice a las tres gracias que ya no desea ser prostituta, pero ellas no la entienden. Caetana la cita una noche y, después de abrazos y largas pláticas, le propone que ella se vuelva actriz junto con las tres gracias. Todas aceptan la palabra de Caetana como una orden; deciden arreglarse y presentarse en el bar del Palace como siempre lo habían soñado, como señoras respetables. Cuando llegan, el desconcertado Francisco no logra ubicarlas en ninguna mesa y ellas lo hacen solas. Francisco se niega a servir las y ellas le reclaman duramente. Cuando ya estaba a punto de desatarse una pelea, llega Virgilio en su defensa.

Una mañana, Mágico, desconcertado por todo el descontrol que se estaba viviendo en el hotel, manda a llamar a Narciso, el delegado. Éste, al enterarse de que Caetana estaba en el hotel, reclama verla. Baliño no lo deja pasar, pero él está dispuesto a verla aunque sea por la fuerza. Aparece Polidoro con una espada desenvainada y dispuesto a defender los derechos de Caetana. De esta manera, se deshace del delegado.

El pintor, el profesor y las prostitutas se mudan al Iris. Las mujeres están todo el tiempo practicando guiones imaginarios; Venieris, pintando grandes mantas, y el profesor, arreglando el teatro en ruinas. Las llegadas

esporádicas de Caetana son celebradas. Ellas desean saber sus papeles y hasta discuten sobre su importancia. Caetana habla de arte, de sus giras, del tío Vespesiano...

Llega el día de la inauguración del busto de Don Joaquín. Dodo regresa de una de las fincas en donde se encontraba. Se enfurece al no encontrar abierta la venta de telas y al darse cuenta de que Polidoro llegó muy tarde al homenaje. Nada sale como se había planeado y el acto culmina en desastre.

El pueblo se divide en dos: los que desean apoyar y ver la función de Caetana y los que están con Dodo. Caetana comienza a desesperarse en el hotel, a pesar de los cuidados exageradamente apasionados de Baliño. Cada visita es para Polidoro una desilusión y una derrota, pues no logra seducir a la mujer amada. Se fija la fecha de la presentación, la cual coincide con un importante partido de fútbol que haría tricampeón mundial al equipo brasileño.

En el Iris, las personas se encuentran alteradas y sin saber qué hacer. Caetana se presenta ante ellos y anuncia que al día siguiente comenzarán los ensayos.

Dodó, ya enterada de todo, solicita la ayuda de Don Joaquín, pero éste no le presta mucha atención.

El Delegado se presenta en el estadio, dispuesto a cerrarlo y argumentando su mal estado. Polidoro se interpone y, después de negociar con él, se entera de que todo ha sido planeado por Dodo.

Don Joaquín muere.

Entre Francisco y Palmira surge un amor apasionado, aunque él siempre piensa en su esposa.

A tres días de la presentación, Caetana reparte los papeles y explica que ellos sólo moverán la boca y harán mímicas, y que el gramófono del tío Vespesiano hará el resto.

Llegado el día, la tensión es insoportable. Caetana promete, después de su éxito, entregarse a Polidoro. La función comienza. Caetana mueve sus labios y se balancea rodeada de todos los demás actores y contemplada por un público masculino.

Polidoro se siente perdido, sin saber qué hacer. Se encamina a la estación del tren y se encuentra con las tres gracias. Todos se preguntan qué fue lo que ocurrió en el Iris. Aparece Virgilio, también desconcertado por los hechos. Sólo recuerdan que, después del primer acto, Caetana se encontraba en el escenario moviendo los labios sin música. Después de unos minutos de silencio, el público, con chiflidos y gritos, reprueba el fraude. Comienza la

confusión y la huida. Gioconda cuenta que vio a Caetana y que, después de decirle que a su vida se había sumado un fraude más, desaparece a toda prisa. Todos realizan conjeturas y se echan las culpas de lo ocurrido.

Mágico cuenta que vio a Caetana y que, antes de subirse al camión que la llevaría llevado al pueblo, le había dicho que comunicara a Trinidad que estaría de vuelta en veinte años.

B. Constantes en las autoras seleccionadas

Es imposible entrar en una generalización, cuando la muestra de las autoras seleccionadas es reducida en comparación con la cantidad de mujeres que en la actualidad escriben. Sin embargo, hay rasgos comunes que *dibujan al sujeto femenino que escribe la historia y al sujeto femenino que la protagoniza*, tan profundos en algunas autoras, que se observa la necesidad de definirlos en este trabajo de tesis como los “rasgos comunes en la escritura femenina contemporánea”.

Estas constantes temáticas han sido delimitadas para facilitar su estudio, pero no siempre es posible trazar claramente las fronteras entre una y otra.

Denuncia político- social

Parece ser que el compromiso con su sociedad, tiempo e historia, íntimamente ligado a propósitos de denuncia y protesta, ha generado un tipo de literatura comprometida. La denuncia puede encontrarse expresada de diferentes maneras en las obras estudiadas. A continuación, evidencio el factor político-social con algunas citas.

En el libro *La princesa federal* se hace referencia constante a la terrible tiranía que se vivió en tiempo de Juan Manuel Rosas y las consecuencias que esto tuvo para el pueblo argentino.

En el diario del doctor, aparecen una serie de datos que claramente ponen de manifiesto las injusticias políticas que se cometían en esa época (1998:104):

“Dicen que han asesinado al novio de una joven viuda, convicto del delito de escapatoria frustrada a Montevideo y hasta entonces perseguido infructuosamente por la Mazorca. Dicen que la hubieran matado a ella misma, a no mediar la intervención de un tío, miembro conspicuo de la Federación Apostólica. Los cuerpos sin cabezas decoran los umbrales con un horror congelado, sin que sus propios deudos se atrevan a levantarlos.”

La cita anterior refleja la injusticia cometida con una pareja de amantes que, tratando de huir, desafiaron el orden político establecido. En el mismo libro aparecen datos acerca de la inconformidad de la gente, su sufrimiento, la falta de libertad, las hambrunas y penurias en general, las maniobras políticas y la lucha por el poder (1998:204):

“ Rosas aguarda en los Santos Lugares, ámbito muy poco propicio si se tiene en cuenta que allí han sido encarcelados, torturados y ejecutados los enemigos del régimen, y que sus almas, si las tienen, no desperdiciarán esta ocasión para el corrosivo sabotaje ”

Es indudable que *La princesa federal* nos ofrece testimonios de la represión política que se vivió en una época determinada.

En el libro *En la floresta no había flores* los aspectos políticos son menos relevantes que los sociales; sin embargo nos ofrece una clara visión de lo que ocurría en el país en esa época (1999: 91):

“Aquel 20 de octubre de 1944, fue un día muy especial, pues mi mamá no nos despertó temprano como hacía siempre para que nos fuéramos a la escuela. Cuando abrí los ojos, ella estaba sentada en la cama y dijo:

- Oigan, oigan... ¡como silban las balas...! (...)

(...) –No- dijo mi mamá- ¡Dios nos libre...!

Esa es la guerra mundial... esto es para sacar al presidente y meter a otro-

-¿y no lo acaban de sacar pues?

-Si, pero quedó este Ponce que es la misma mica con diferente montera.

Susana no sabe de política, pero sueña con que ese presidente le dé de comer y le solucione, de alguna manera, los grandes problemas que tiene con su madre y hermana. El libro no aborda otro tema político, sino más bien utiliza este capítulo para contextualizar la situación.

En cambio la denuncia social es patente en toda la obra. La pequeña familia sufre miseria, desprecio y hasta exclusión. La madre, analfabeta y soltera, tiene poca posibilidad de trabajo y las ventas callejeras son difíciles y poco rentables. Los vecinos, las compañeras, toda la gente sufría de alguna manera la difícil situación del país (1999:115):

“En la Floresta todos vivíamos cerca del basurero, todos éramos pobres, todos teníamos hambre, y en todos los cuartos caían goteras cuando llovía... pero había una mujer... para quien todos éramos millonarios... (...)

Sacaba desperdicios de algunas casas, vivía pegadito al gran basurero y tenía la cara y los brazos llenos de pústulas.”

Familias que piden comida en la Casa Central, que comen una vez al día, que caminan por horas vendiendo baratijas... El libro es la voz de un país con serias dificultades sociales.

Por otro lado, se denuncia la discriminación racial. La madre es una mujer campesina; el padre de Matilde, hombre extranjero, le heredó a la hija su aspecto rubio y fornido, en cambio Susana es hija de un indígena. Cada vez que la madre y Matilde intentan ofender a Susana, aluden a su origen y aspecto (1999: 195)

“ -... pero éramos educados... ni Ventura mi hermano que era tan fregado, le hablaba así a mi padre... ¡pero tú como sos pura india...!

- *Si yo soy india es que usted también es.*
- *Yo no- me respondías muy orgullosa- yo soy blanca, toda mi familia era blanca... ¡Tú saliste india como tu padre!*
- *¿ Y usted como se mete con indios...?”*

Susana pasó muchos años de su vida muy frustrada. La miseria y los problemas raciales hicieron muy difícil su niñez y adolescencia.

En el libro *La mujer habitada*, se encuentra esta denuncia en relación con el movimiento socialista que lucha contra el gobierno de ese momento. Pero no aparece el movimiento socialista como un grupo intangible, idealizado; aparece con nombres de personajes, con vivencias, con sufrimientos. Lavinia, la protagonista, finalmente se incorpora a él, por todas las injusticias que observa a su alrededor (1996:199):

“Íntimamente, la reconfortaba su decisión de unirse al Movimiento, de alejarse de ese espectáculo: era imposible estar allí y no darse cuenta del desatino de aquel país donde la opulencia podía coexistir tan impunemente con los extremos de la miseria, ignorándola: ignorando los campesinos lanzados del los helicópteros por colaborar con la guerrilla, los alaridos de los torturados en los sótanos del palacio presidencial.”

La protagonista sufre una fuerte transformación, abre los ojos a una realidad, no puede soportar el peso de ella y decide luchar por el cambio. Lo interesante del compromiso que se asume en esta obra es que la denuncia logra aliviar las penas de la gente común, el sufrimiento del día a día cuando hay pobreza y cuando se está oprimido. Además, revela la situación de una mujer que muere desangrada al intentar abortar, pues su condición de madre soltera y sin recursos económicos no le permite pensar en un hijo más. Muestra también el cansancio de una mujer enfermera que debe trabajar dos y tres turnos para sobrevivir, todo frente a la opulencia de su familia, la riqueza y buena posición de su amiga y los derroches en las fiestas del club.

Por supuesto, este tema va mucho más allá de una simple denuncia político-social; se adentra en temas como el de la doble jornada, la feminización de la pobreza, la situación de las madres solteras, etcétera.

La denuncia en este libro es dura, intensa y constante.

En *De amor y de sombra*, Irene vive la realidad de una minoría del país; pero, cuando las circunstancias la llevan a darse cuenta del sufrimiento que pasa la gente común, asume el compromiso (1990:97):

“-Los gobiernos son intrínsecamente corruptos y deben suprimirse. Garantizan la libertad de los ricos basada en la propiedad y esclavizan a los demás en la miseria –peroraba ante la asombrada Irene.

El libro pone de manifiesto lo que un gobierno corrupto, tirano y sin escrúpulos puede provocar en la sociedad; el pánico que las personas sufren, la falta de libertad y la profunda desilusión, al mismo tiempo que la pobreza como elemento común a las mayorías (1990:208):

“Esos muertos surgidos de la tierra con las manos descarnadas y la frente perforada por una bala, aguardaban desde hacía mucho tiempo, llamándolo sin cesar, pero hasta entonces no tuvo oídos para escucharlo. [...] No se requería gran experiencia para concluir que los autores de esos crímenes actuaron amparados por el sistema represivo y por eso la iglesia intervenía sin confiar en la justicia.”

Estas citas trascienden a otras realidades que aparecen en la obra: el abuso de los miembros del ejército que violan y matan a una chiquilla enferma; la profunda desesperación de un hombre frustrado y desempleado, que finalmente se suicida; el llanto de miles de familias que buscan a sus desaparecidos... desaparecidos que, sin embargo, están presentes en la obra.

En los dos últimos libros mencionados hay un elemento común: las protagonistas sufren una transformación porque el hombre, ya comprometido con una causa, las motiva a ello; pero no es cualquier hombre, es el amado. Mas allá de la denuncia político-social se observa el papel histórico que asumen las mujeres: servir a otros, dar su vida por otros a quienes colocan en su centro y por quienes pueden incluso morir.

En *La flor de lis* encontramos que la madre de Mariana idealiza al padre Teufel, apoya su causa, le sirve, lo sigue y cree en su entrega social, en la injusticia de clases y en la lucha en favor del más necesitado (1999:231):

“Cuando Teufel se queda a comer, la conversación es siempre apasionante. Habla mal de la colonia francesa. Dice que son espantosos burgueses, vendedores de tapetes. Va a muchas reuniones clandestinas en casas particulares. Mamá le sirve de chofer, lo acompaña.”

Pero esta denuncia ha sufrido un cambio en comparación con las anteriores, pues parece adoptar un plano secundario; la personalidad del sacerdote deslumbra a la madre, y la denuncia sólo es un telón de fondo que evidencia el conflicto que ella vive y que la hija observa y cuenta. Sin embargo hay denuncia y aparece de diversas maneras a lo largo del texto.

Ángeles Mastreta, en *Mal de amores*, sitúa la denuncia en la época de la Revolución Mexicana. La situación política del país se entrelaza con la situación amorosa inestable de los protagonistas. La denuncia se da desde el

principio con la inconformidad del padre de Emilia, hasta alcanzar un punto culminante con la actuación directa de Daniel en la guerra y el sufrimiento de ella ante la impotencia de sus conocimientos frente a la pobreza (1999:262):

“En las tardes recorría el pueblo visitando a los enfermos que no podían moverse y todo el día la desesperaban su ignorancia de tanto y su falta de todo medio curativo que no pudiera sacarse de una planta cercana. (...) A pesar de su éxito en la cura de las enfermedades propias de la pobreza y la falta de higiene, como los parásitos en el estómago y...”

Lo que puede significar el trabajo en el campo forma parte de la denuncia, pues el desgaste físico del campesino, la situación en la que vive y la poca valoración de su trabajo son injusticias que aquí se exponen (1999:262):

“Mientras los hombres se iban, las mujeres trajinaban de sol a sol. No había tregua para sus brazos ni espacio que desperdiciaran sus lenguas. Emilia descubrió ahí que era capaz de cansarse mucho después de sentirse cansada, que tras cuatro horas de trabajo, con respirar profundo podía emprender otras cuatro.”

Significativo es, en esta obra, que la denuncia llega también a través de datos históricos precisos (1999:263):

“ Las elecciones le habían dado a Madero un triunfo absoluto. Pero su presencia en el gobierno no había mejorado en nada las cosas para los campesinos. Tras la persecución que devastó sus pueblos y cosechas, los amigos de Daniel decidieron apoyar la

toma de tierras y la rebelión contra el gobierno que no les cumplía...”

Las dictaduras y los movimientos de guerrilla parecen haber marcado a muchas de las escritoras. Ese es el caso de Marcela Serrano en *Nosotras que nos queremos tanto* (1999: 101):

“Después del golpe de estado sus vidas cambiaron radicalmente. (...) Los amigos caían presos, la DINA pasó a ser la pesadilla total. Algunos murieron, otros desaparecieron.”

Esta obra, tal como las anteriores, dentro de sus puntos temáticos aborda el de la denuncia político-social, no tan fuerte como en *De amor y de sombra* o en *La mujer habitada*, pero sí con seriedad. Lo político-social define mucho las situaciones que viven las protagonistas de la obra; por tanto, ejerce una fuerte influencia en sus vidas y en el desarrollo de la trama. Hay casos muy duros, como el de la desaparición de una hermana revolucionaria, que causa la ruina de la familia. Sin embargo, no se encuentra una significativa denuncia de la pobreza o de las diferencias sociales como en los otros textos.

Para finalizar, en *Dulce canción de Caetana*, a pesar de que la denuncia es breve, también es incisiva (1994: 266):

“Aquella semana fue pródiga en rumores sobre el presidente Médici, cuyo apellido de príncipe renacentista inundaba el país con el esplendor del oro y de la sangre.”

Es así como en los libros seleccionados se puede notar de una forma clara y constante, la denuncia político-social de las injusticias que se han vivido en los países latinoamericanos.

Presencia de lo erótico-sexual

La sexualidad: otro tema común en las obras seleccionadas. Ésta es tratada desde el punto de vista femenino. La carga de erotismo, de vivencias específicas, de culpas deseos y alegrías es grande, se trata de un erotismo y una sexualidad permeados por el mandato cultural.

A lo largo del texto *La mujer habitada*, de Gioconda Belli, cobran importancia radical los encuentros pasionales de la protagonista (1999:41):

“En la plateada luz encontraron el camino hacia el dormitorio, mientras él desgajaba totalmente su blusa, el zipper de la minifalda hasta llegar al territorio colchón, la cama bajo la ventana, las cerraduras de la desnudez. Otra vez, Lavinia dejó de pensar. Se hundió en el pecho de Felipe, se dejó ir con él en la marea de calor que emanaba de su vientre, ahogándose en las olas sobreponiéndose unas a otras...”

Como elemento innovador con relación a obras anteriores escritas por mujeres, no le basta a la escritora una simple mención de lo ocurrido; es necesario entrar en detalles, dejar claro el acto sexual. La obra describe las primeras experiencias de ambos, el sentimiento que crece en ella después de la entrega e inclusive lo que ella necesita para sentirse complacida; es un

símbolo de una sexualidad nueva, plena, que rompe con moldes anteriores (1999:252):

“Le gustaba que Felipe entrara en el ritmo lento de un tiempo sin prisa. Había tenido que enseñarle a disfrutar el movimiento en cámara lenta de las caricias, el juego lánguido hasta llegar a la exasperación...”

Tanto en *La mujer habitada* de Gioconda Belli, como en *Mal de amores* de Ángeles Mastretta, se aborda la sexualidad de manera abierta y directa. Va desde la locura de los padres de Emilia, que con sus eufóricos encuentros diarios calmaban sus cuerpos, hasta el dulce juego seductor que la hija vive antes de una experiencia sexual plena. Aparece en *Mal de amores* (1999:142):

*“Sin hacer ruido subió las escaleras, cruzó la estancia y empujó despacio la puerta del cuarto en que dormía Emilia.
-Cásate conmigo- le dijo desnudándose para entrar en la cama.
-¿Cuántas veces?- le contestó Emilia sacándose el camisón por la cabeza.
-Muchas-pidió Daniel mientras ella lo guiaba hacia su cuerpo en la oscuridad.
No durmieron. Tampoco hablaron demasiado. Durante horas se buscaron jugando, presos uno de otro, aventurados y curiosos.”*

En este libro, la naturalidad y aceptación de ella y de sus padres hacia los encuentros clandestinos que sostenía con Daniel, muestran a una familia que transita de las viejas estructuras sociales hacia una nueva forma de concebir el amor libre. La necesidad de que la mujer se manifieste

abiertamente en relación con su sexualidad y exprese su anhelo de ser complacida, sus instintos y deseos, es una clara muestra de cómo la escritura de mujeres se reconoce como el lugar desde el cual se expresa la esencia de un ser femenino en constante transformación.

En *Dulce canción de Caetana*, la sexualidad desempeña un papel tan preponderante, que posiblemente sea el más abrumador. El recuerdo de sus encuentros eróticos, que transcurrieron hace más de veinte años, hacen de Polidoro un verdadero esclavo de Caetana lo domina a su gusto. Él desea fervientemente un reencuentro; ella ejecuta sus deseos por medio de él y lo hace esperar (1994:72):

“ Virgilio creyó ver surgir a Caetana de una zona de sombras, moviendo las ancas con voluptuosa determinación, para que el sexo cansado, pero aún magnífico, de Polidoro, no se marchara de su vagina. Sus sabios meneos lo retenían dentro de ella, obligándolo a nadar agónico, en sus tenebrosos interiores, inundados de larvas y de agua salada. ”

Y no sólo estos dos personajes son presa de la carne, todo el libro muestra el deseo que sufren los cuerpos. De hecho, las tres gracias, prostitutas de profesión, revelan continuamente sus sentimientos, el gozo que representó alguna vez alguno de sus amantes, el tedio que provocaba aquél menos dotado o fogoso, la decadencia de los que ya están viejos, etcétera. Por otro lado, aparecen las revelaciones sexuales de varios personajes y esto

nos proporciona una imagen clara de lo importante que es la sexualidad en este libro (1991:238):

“Desde hacía tiempo Narciso confesaba en el bar del Palace su desapego por el órgano sexual femenino. Una región sísmica, escondida entre los muslos, que visitaba a toda prisa. Como mero transeúnte sin derecho a halagos, se negaba a aproximar su cara a un bosque peludo, impregnado del olor de ciertos animales salvajes que jamás habían masticado una flor para mitigar con ellas sus olores.”

El amor no tiene por qué ir de la mano del sexo; a veces se presenta uno antes que el otro o viceversa, o simplemente aparece uno de los dos, aunque el otro nunca llegue.

A diferencia de los anteriores, en *En la floresta no había flores*, la sexualidad se manifiesta en el tabú que existe sobre el tema. La madre, con pocas palabras, ha hecho creer a sus hijas que el sexo es algo malo y poco deseable. Por ello prácticamente las ha aislado del contacto con los hombres. En una conversación que tiene con su hija, le cuenta la frustración que para ella significaba comenzar una vida sexual (1999: 161):

*“ Un día la Agustina mi prima me llamó y me dijo:
- ¿De veras te vas a casar con el hijo de don Juan Ceballos?
- Si, le dije yo [...]
- Y ¿sabés bien a qué te vas a ir?... [...]
Mi prima Agustina se rió, me entró a su cuarto y me contó... me contó un montón de cosas que ni por ilusión habían pasado por mi cabeza. Salí de allí llorando y a moco tendido le fui a decir a Tatita que no me quería ir a casar, y que no y que no.”*

Fue todo lo que habló con su hija al respecto, luego el tema no se volvió a tratar. La negación de Susana ante la sexualidad traduce una gran frustración.

Una vez, Susana es abordada por un vecino que intenta seducirla. Desde el inicio de la conversación ella se siente inhibida, y niega su propio desarrollo y su natural atractivo femenino. El único camino que encuentra ante dicha situación es huir y calla (1999:190):

“ – y.. usté...¿ no sabe Susanita, lo que hacen los hombres y las mujeres cuando están solos?
 - Pues... platicar...
 - Sí, platican ... pero además... se acarician...- y empezó a decir un montón de cosas que nunca me habían pasado por la mente, que nunca había oído hablar a nadie – hacen esto, y esto, y esto otro...”

Cuando Susana comienza a desear una pareja, prefiere refugiarse en los perfectos prototipos de artistas mexicanos que en los muchachos de su misma edad y condición. De hecho critica a sus compañeras que salen con choferes o vendedores ambulantes. Sin embargo, se siente muy sola (1999:203):

“Todas mis compañeras hablaban de novios, y yo también quería enamorarme... pero... ¿de quién?... miraba a los posibles candidatos y me caían remal. Mis compañeras que tan presumidas eran en la escuela, se hacían novias de los choferes de las camionetas, de los vendedores de chicles, de los cuques... y yo me decía: -¿Eso es tener novio?... Cómo es posible que sean tan felices porque las besa en la boca un hombre así?... y sentía asco.

La sensualidad y la sexualidad se ven reprimidas por completo en la obra. En la obra de Escobar se evidencia una sociedad de corte conservador; en cambio Piñón es exponente de una cultura que no vive el sexo como un tabú.

La flor de lis aborda la sexualidad desde diferentes ángulos. Por un lado, el descubrimiento que hace Emilia de su cuerpo y sus deseos, frente a las ideas religiosas prohibitivas y decadentes (1999:272):

“ Ya en la cama, no puedo dormir y de golpe me encuentro a mí misma con las dos manos sobre mi sexo. Las retiro. ‘Es pecado’ Sin embargo, como resorte regresan al mismo sitio. Algo me aletea entre las piernas, hormiguea incluso.”

Aquí se puede observar el despertar a la sexualidad y aunque no aparece directamente el encuentro entre dos personas, no dejan de ser éstos, rasgos del tema al que aludo. Por otro lado, el Padre Teufel, que parece castigarlo todo, pero que al mismo tiempo guarda una relación intensa y extraña con la madre de Emilia, deja ver lo que siente (1999.247):

*“De pronto hace un feo gesto; monta dos dedos de su mano derecha sobre el índice de la izquierda y los blande en mi cara.
- Monte campeona, monte hasta que la monten a usted.”*

Este libro, con respecto a la sexualidad, dice mucho con lo que no dice. Más bien, da a entender los deseos de la chica ante el padre Teufel, las

desapariciones de la madre con este mismo personaje, las reacciones del padre, etcétera. Se muestra el tema, sin abusar de las palabras.

En *De amor y de sombra* la sensualidad va de la mano de la sexualidad (1990:192):

“Largamente, sin apuro, en la paz de la noche habitó en ella deteniéndose en el umbral de cada sensación, saludando al placer, tomando posesión al tiempo que se entregaba. Mucho después, cuando sintió vibrar el cuerpo de ella como un delicado instrumento y hondo suspiro salió de su boca para alimentar la suya, una formidable represa estalló en su vientre y la fuerza de ese torrente lo sacudió, inundando a Irene de aguas felices.”

Irene encuentra el placer en la sensual entrega sexual que tiene con su compañero y se deleita. Ella ha experimentado antes con otro hombre y ha aprendido a disfrutar. También la madre, abandonada, ha buscado refugio en un hombre mucho más joven que la complace y, a pesar de guardar las apariencias, no pierde nunca su cita anual que la renueva como mujer, cambiando inclusive su carácter. En la obra se encuentra el otro tipo de mujer, la que sufre por no haber encontrado el placer, una nana que hace referencia a su sexualidad reprimida.

Es interesante poder comprobar en *Nosotras que nos queremos tanto* la forma en que diferentes mujeres conciben la sexualidad y cómo ésta influye en la vida de cada una. María representa la búsqueda liberada (1996:112):

“-¿El sexo? Es totalmente distinto tirar con uno que con otro. No, no tengo preferencias. El sexo con Ricardo es la fuerza, penetra como los dioses. Con Pedro es la sensualidad, es de los pocos que no entienden el acto como el mero resultado, le da tanta más importancia al proceso; en eso es más femenino que Ricardo y por lo tanto mejor. No, no suelo hacer el amor dos veces al día.”

La forma en que lo aborda es ruda, burda, alejada de todo canon femenino tradicional. En cambio, Sara busca la estabilidad, aunque no lo convencional (1996:98):

“Sus pechos grandes eran su adicción, ponía su cabeza entre ellos y esa era la gloria. Sus sesiones de amor eran largas, permanentes y delirantes. Cuando se aburrieron de buscar distintas posiciones, quedaron en la que más les gustaba y no trataron de innovar ni de ser originales. Sara arriba de él, montada en él: ése era el éxtasis.”

La pérdida de la virginidad, la infidelidad, la satisfacción y la insatisfacción son algunos de los temas que aborda el libro con respecto a la sexualidad. Lo hace sin desechar la moral convencional de manera determinante, sino más bien, presentando la diversidad de experiencias y opiniones de las mujeres.

Para finalizar, con menos fuerza que en los libros anteriores, pero siempre presente, en *La princesa federal*, la sexualidad aparece como el deseo que experimentan los hombres que rodean a Manuela (1998:102):

“Está mal tapada por una manta de vicuña, durmiendo, rendida de fatiga y de gozo. Tal vez un amante acaba de partir. No ha

llegado ni a ponerse la camisa de noche, pero el calor de su cuerpo y el fuego de la salamandra encendida bastan para enfrentar cualquier invierno."

Entre su feminidad y poder, ella posee un atractivo fuerte que atrae a la mayoría de hombres que la rodean. Manuela disfruta de ese poder sexual, manejando inclusive los asuntos de gobierno de su padre y aparentando en todo momento ignorar lo que ocurre.

También aparece el tema de la sexualidad de ella misma, muchas veces reprimida por los cargos que su condición exige y reflejada más adelante en el hombre al que llega a amar.

En los libros trabajados, la sexualidad está presente. Las autoras contemporáneas, con un sutil manejo de la palabra, derraman en su obra una fuerte carga de erotismo.

Desafío al rol social tradicional femenino

Las mujeres somos reproductoras ideológicas de la sociedad. Desde nuestra cultura se impone un sistema en el cual tenemos que reproducir y darle continuidad a los valores imperantes. No hay culpas sino obligaciones morales que cumplir con sus congéneres, con su familia y con el otro género. Obligaciones que causan una presión psicológica fuerte.

Se plantea la denuncia de que la cultura ha definido tradicionalmente los roles femeninos, unida a un desafío constante de los antiguos cánones y haciendo frente a una nueva realidad, a un deseo constante de renovación.

En *En la floresta no había flores*, se ve claramente el cambio generacional. La madre no deseaba casarse, sobre todo por su estrecho vínculo con el padre. Sin embargo, cuando acepta hacerlo, también acepta que su vida matrimonial conlleva la labor doméstica y la subyugación. Esto, a pesar de provocarle temores surgidos de su incompetencia ante las labores culinarias, no le ocasiona frustración. Más adelante, suplica al padre que se cancele la boda, no por estar consciente de esto, sino por el miedo que la relación sexual le ocasiona (1999:161):

*“ ¿Y vos sabés que es casarse? Me preguntó.
-Pues... sí... que tengo que ir a vivir con él a su casa (...)
-Y ¿Sabés bien a que te vas a ir?
Pues... No... no sé... yo digo que voy a tener que hacer comida y lavarle la ropa. ¡Peor que ni puedo echar tortillas, ¡no sé que voy hacer!...*

Cuando muere su padre y le toca quedarse sola, le cuenta a su hija que tuvo que buscar a un hombre para poder sobrevivir. Mucho más adelante, la madre reconoce su desventaja, al reflexionar ante su analfabetismo, mas no ante su condición de madre soltera. Por ello intenta dar la mejor educación a sus hijas, para que éstas puedan valerse en la vida. Este hecho ya es una

señal de cambio: las educa para que salgan adelante por sus propios medios y hasta las conduce por un camino de independencia ante el hombre.

Las dos hijas, Susana y Matilde, ya son producto de esa transformación que ha sufrido la madre y su desafío al rol social establecido es más marcado (1999:205):

“ ... y ya tenía más de 17 años...! Muchas de mis compañeras ya se habían casado, otras tenían hijos sin casarse, otras tenían marido sin tener hijos... y yo ... sólo de pensar en esas cosas lloraba de asco ¿Es que yo también tendría que suicidarme?... ”

El matrimonio para Susana no es precisamente el ideal de vida y, a diferencia de su madre, al quedarse sola no busca a un hombre como tabla de salvación.

El desafío va mucho más allá. La obra muestra a una madre llena de defectos que se cansa de sus hijas y, a pesar de haberse hecho cargo de ellas, reniega de su situación. La maternidad, no como privilegio de la mujer, sino como una dura carga que aguantar.

Una madre con favoritismos hacia sus mismas hijas, que puede cometer errores y destruir. No es la figura de la Virgen María, dadora de vida, comprensiva y abnegada, sino la de un ser humano que puede equivocarse (1999:200):

En mi mundo...yo tenía una madre amorosa, un padre atento, hermanos y hermanas encantadoras, muchas amigas... y por supuesto muchachos cultos que me admiraban... y tú de pronto gritabas:

-¡Pedazo de mierda... quitate del camino...! Sólo de estorbo servís... no valés nada... vale más un chucho que tú, porque por lo menos mueve la cola, es cariñoso, y tú... sólo para joder y para hartarte servís...

La madre es una mujer, un ser humano que comete errores, y no ese ser perfecto, entregado por completo a sus hijos.

En *Mal de amores*, desde el inicio se puede notar la rebeldía de la tía de Emilia al decidir no contraer matrimonio. Más adelante se suple esta carencia con amantes que cubren dichas necesidades, llegándose a establecer una relación única que no se desea formalizar ante la ley, la religión o la sociedad. Sin que ello la muestre como una libertina, esta mujer trabaja en la política clandestina, en la literatura y en el arte, desempeñando tareas completamente intelectuales. En contraste, aparece la madre de Emilia, que cumple las tareas de la casa y, por supuesto, se ve compensada con una hija y un matrimonio bastante saludables (1999:75):

“Milagros detestaba los trabajos que la costumbre había dado a las mujeres, le parecían suertes menores en las que miles de talentos mayores dejaban el ímpetu que debía ponerse en cosas más útiles. [...]– Así está repartido el trabajo. Él pasa todo el día en la botica y no se queja- oyó Emilia decir a su madre mientras ponía queso en un pan.

-De acuerdo hermana. Lo que no me parece es que Emilia vea tu actitud como algo ineludible y natural. Porque será muy tu hija, pero es mi ahijada y ella puede tener otro futuro.

-Yo voy a trabajar en la botica -dijo Emilia pasando cerca del grupo.

Y así fue. La protagonista de este libro desarrolla ambas actividades; por un lado, la medicina que le apasiona y, por el otro, la atención de su hogar. Sin embargo, la combinación de ambas (según los acontecimientos del libro) requiere, no al hombre acostumbrado a dominar y controlar, sino más bien a un nuevo tipo de hombre. Aparecen en el libro muchísimos datos más con respecto a este tipo de denuncia (1999:183):

“- Por supuesto que le expliqué cómo debe portarse con su familia política. Sabe disponer como una reina, es elegante y discreta, no habla de más ni pregunta lo que no debe.

- Ni te importa que sea infeliz en la cama – dijo Milagros haciendo palidecer a su hermana.

- Este no es asunto tuyo sino de Dios, querida- dijo la madre de Sol-. Ella entre menos piense en eso, mejor.”

La mejor amiga de Emilia, Sol, fue educada por su madre para asumir el papel de mujer en el matrimonio. Su felicidad, en muchos sentidos, es anulada. La familia Sauri pone de manifiesto su desacuerdo con dichos patrones.

En este libro también se denuncia el abuso que las mujeres sufren al ser vistas como objetos sexuales (1999:151):

“-¿Tienes frío- le preguntó el carcelero pasándole un brazo por la cintura y jalándola hacia su barriga inflada y tiesa.

-Un poco contestó Emilia.

Hizo un esfuerzo para no perder el aplomo. Luego se quedó muda otra vez porque el hombre le puso una mano en los pechos y se los tentó como si estuviera escogiendo fruta en el mercado.”

Además aborda lo difícil que es para una mujer abrirse campo en el sentido profesional, muchas veces despreciada por sus congéneres (1999:376):

“ [...] donde se le permitió el acceso a las clases y los hospitales, pero fue rechazada por muchas de las mujeres a las que intentó atender. No había encontrado menos penas en su paso por Francia, donde en su afán por aprender aceptó trabajar en la escuela de comadronas, única en la que se le permitió practicar la obstetricia.”

De la misma manera, se aborda esta denuncia en *La mujer habitada*. Allí Lavinia, con una preparación profesional digna, no puede aspirar a ciertos puestos porque se subestima su capacidad de dominio sobre los grupos masculinos, así como su capacidad para llevar a cabo grandes proyectos, pero no por su personalidad, ni formación, sino por el simple hecho de ser mujer (1999: 231):

*“ – Julián – dijo Lavinia, aprovechando su buen humor-. Vos sabés que yo nunca he supervisado un proyecto. Quisiera que me asignaras la supervisión de éste. Creo merecerlo.
-No sé, no sé - respondió-. Lidar con los Ingenieros y maestros de obra es difícil para uno... En el caso de una mujer, debe ser casi imposible. [...]
- Pues te aseguro que al general le va a parecer bien. Quedó convencido de que soy 'brillante'. Poco le faltó para decirme que*

era como un hombre –dijo satírica-. ¡Nunca ha visto a una mujer tan inteligente!”

Al igual que en el libro anterior, se señala la carga que representan las tareas del hogar para las mujeres y cómo éstas las aceptan desde un tutelaje que han tenido que aguantar a lo largo de la historia como algo natural que corresponde a su género (1999:26):

“ Pero Sara no entendería que ella se sintiera tan contenta, pensó. Ella no entendía el placer de ser uno mismo, tomar decisiones, tener la vida bajo control. Sara había pasado del padre-padre al padre-marido. Adrián se jactaba delante de ella de llevar los pantalones de la casa. Y Sara podía escucharlo sonriendo. Para ella, también eso era ‘natural’.”

Aparece en la obra la nueva concepción que hace la mujer del matrimonio. Ya preparada intelectualmente, ya liberada de las tareas domésticas exclusivas y sin dar crédito al mito de la virginidad, no puede seguir cerrando los ojos y aceptar las cosas como se las presenta una sociedad ya caduca (1999:26):

“Quizás algún día le gustaría casarse. Pero no ahora. Casarse era limitarse, someterse. Tenía que aparecer en el camino un hombre muy especial. Y tal vez ni aun así. Se podía vivir juntos. Necesitaba papeles para legalizar el amor.”

En *Flor de lis*, las estructuras preestablecidas del rol femenino se presentan sin tanta fuerza de denuncia, mas bien como un hecho social que ocurre, que se aprueba y que, sin embargo, es necesario mostrar (1999:47):

“En el Windsor la señora Velásquez hace una encuesta ¿qué van a ser de grandes? Todas las niñas contestamos: Formar un hogar. Alejandro Ochoa responde: Ginecólogo; y la señora Velásquez lo castiga una semana sin recreo.”

Así se educa a la niña, en función de una única meta en su vida: la formación de un lindo hogar. Se idealiza a la mujer como ese adorno perfecto que tiene que cuidar su apariencia, para poder estar a la altura de las circunstancias, a costa muchas veces de esa insatisfacción que provoca al no sentir que se alcanza el status requerido (1999:102):

“Que no engordemos, que nuestro pelo brille, que nos vistamos bien, que sepamos recibir, que cuidemos las joyas de la familia, que tengamos buenas maneras, y sobre todo buen gusto, elegancia, Apolonia, Mariana, Sofía, elegancia porque somos elegantes por dentro.”

Mariana entra en conflicto por estas exigencias y, aunque no se atreve a desafiarlas, las cuestiona.

En *Nosotras que nos queremos tanto*, la denuncia es fuerte, directa, muy marcada, y se plantea desde muy diversos ángulos. A continuación, una cita de lo difícil que es para una mujer hallarse sola y, al mismo tiempo, sentirse poco valorada en medio de una sociedad manejada por el hombre (1999:13):

“Que yo duerma sola en esa gran cama hoy en día, no significa que fue pensado para una mujer sin marido.

“Por Dios, Ana –me diría Sara enojada- ¿Cuándo han contemplado los arquitectos el espacio para una mujer sola? A

pesar de todas las que somos, no parecemos ser una variable para el mercado."

Este libro desafía incluso ideas tan arraigadas en la sociedad, como la del ideal maternal. Presenta a la madre ideal, que no puede vivir sin el cuidado y entrega total a los hijos y que centra su vida en la de ellos, en contraste con un nuevo tipo de maternidad, mucho más libre (1999:26):

"-Y tú Sara - acusó Isabel-, ¿no te angustiarías por Roberta?- La única hija de Sara casi nunca era un motivo de angustia para su madre. Su desaprensión al respecto era envidiable. Era capaz de separarse de ella sin que la piel la hiciera gritar como a Isabel."

Isabel es quien está al servicio de sus hijos, revisa sus deberes, acude a la cita en el colegio, los atiende en las comidas, supervisa su ropa, los lleva de un lugar a otro, etcétera. Además, atiende a su esposo y escucha todo lo que éste tiene que contar, porque, por supuesto, lo que ella podría platicarle a él no es de su interés. La madre y esposa ideal ante la sociedad. En cambio Sara, criticada y hasta cierto punto rechazada por creer y actuar para su propia realización, vive la maternidad de otra forma.

En el libro se alude a la creencia de que la linda es tonta y la fea tiene que destacar en algo razón por la que intenta ser o parecer inteligente; también, a la de que la mujer tiene que aceptar su soledad después de una determinada edad; en cambio, él puede buscar a compañía, incluso más

joven, en el momento que se le apetezca. Además se toca el tema del sentimiento que las mayorías desarrollan al ubicar su realidad femenina en segundo plano (1999:74):

“ Más tarde habría de definir la existencia de las mujeres en los hombres como en el patio de atrás de sus mentes. Y la de la existencia de las mujeres en el trabajo como en el patio de atrás de la sociedad, el lugar secundario. Para ella, aún aceptando que éste fuera considerado de segundo rango, era el lugar más cálido. Ahí fue instalada su cantora y desde allí fue espectadora del acontecer.”

Y sin embargo el libro constantemente está lanzando retos, protestas y desafíos para la nueva mujer (1999: 205, 255)

“Casi todos los jóvenes con los que pololeábamos entonces hacían el amor. Pero no con nosotras. Había otras mujeres para eso. Putas, empleadas, peluqueras, mujeres mayores. Había un acuerdo tácito: los hombres sí, nosotras no. La clásica doble moral de esta burguesía de mierda. Y el cero cuestionamiento de mierda.”

“ – Claro, el libertinaje femenino paga costos mientras el masculino cobra méritos. La mujer sin hombre puede ser considerada la mujer de todos los hombres. Y además se supone que su poder – o sea, el nuestro- radica solamente en la seducción. [...]

-Veamos: el TIEMPO, según eso, sería sólo del hombre. Si su poder reside en lo público, este poder dura lo que dura sui vida. ¿Y el nuestro? Se desbarataría junto con las arrugas y la menopausia.”

La princesa federal, recoge este tema en el papel que la misma protagonista desempeña. Mujer de carácter recio, detrás de un padre

dictador, desafía a la sociedad desde su posición de mujer de poder y utiliza sus “armas” femeninas en beneficio del mismo. Estos “poderes” femeninos, en definitiva, sirven para afrontar los esquemas machistas.

También aparece la figura de la madre, que cumple el clásico papel pasivo de mujer de casa al servicio de todos, sobre todo del marido y de los hijos. Manuela se siente y desea ser diferente; no pretende ser la sombra de un hombre (1998:27):

“Está orgulloso porque no tenemos miedo y vamos contra el viento, y está más orgulloso de mí que de Juan, porque soy menor y soy niña y acaso debiera temer, por la natural debilidad propia de mi sexo, pero no lo hago.

-Y su madre me decía...

- No, mi madre no brilla. Mi madre es una mano en la frente en las noches de fiebre.”

Manuela es una mujer fuera de época; sin importarle los patrones establecidos, lucha por el poder y asume un papel en la sociedad y en la historia de su país. Lo apasionante de este personaje es el entorno histórico, por lo que la denuncia pareciera ser declarada desde la misma vida de este personaje.

Ella vive con las exigencias de un verdadero político y además de usar su inteligencia y habilidad en los negocios y asuntos políticos, aprovecha su personalidad y poder de seducción para el manejo de las situaciones. Es ineludible con sus creencias (1998:135):

“Discursea con feliz oratoria en los teatros y las recepciones, reprende a los curas desviados del recto camino y en esto tiene buena práctica y notables antecedentes(¿no es ella la que años atrás ha dirimido el asunto de los jesuitas, expulsados luego por tibios y malos federales?). Cuando se quita la sonrisa sabe también firmar órdenes sobre el papel. Órdenes más inapelables que las de su padre, ya que es ella la última instancia de socorro.”

Manuela es la mujer que se abre un lugar en la historia, no sólo en la de su país, sino en la de las personas que la rodean. Al finalizar la obra, ella ya bastante grande, en el exilio, parece vivir más de acuerdo a los cánones tradicionales establecidos por la sociedad y, sin embargo, se puede notar el aplomo y el dominio que mantiene ante cualquier situación.

En *De amor y de sombra* la diferencia de las clases sociales se marca bastante y también la opresión de la mujer, con arreglo a categoría social.

Vuelve a aparecer el trabajo oculto y arduo que la mujer desempeña en la casa.

Digna Ranquileo, mujer muy pobre, mantiene el equilibrio de su hogar desempeñando su papel de ama de casa y cuidando de los suyos (1990:18):

“Desde el momento que ponía a hervir el agua para el desayuno, no volvía a sentarse, siempre ocupada con los niños, el lavado la comida, el huerto, los animales. Sus jornadas eran todas iguales como un rosario de cuentas idénticas determinando su existencia [...]

A veces concluía que era mujer de suerte porque al menos Hipólito no se comportaba como un campesino bruto, trabajaba en el circo[...] Sólo borracho se atrevía a pegarle y sólo si Pradelio, el hijo mayor, no andaba cerca. Gozaba de mayor

libertad que otras mujeres, visitaba a las comadronas sin pedir permiso[...] y solamente en invierno, cuando él regresaba al hogar, ella inclinaba la cabeza, bajaba la voz y lo consultaba antes de actuar por respeto.”

Además se aborda el tema del maltrato físico y de la subyugación que muchísimas mujeres viven en su propio hogar.

Irene, la protagonista del libro, desafía este orden social; trabaja como periodista profesional y después de los hallazgos criminales del gobierno, lucha por esclarecer los acontecimientos, incluso a costa de su propia seguridad y salud física y mental.

Y, para finalizar, en *Dulce canción de Caetana* se puede observar, desde el principio, una marcada diferenciación de género y, hasta cierto punto, un gran desprecio. Los hombres del pueblo asisten a la casa de las prostitutas y sus esposas se quedan en casa, esperando su regreso. El trato de ellos hacia ellas es alarmante, siempre a un lado de sus vidas, aguardando, solicitando una atención inexistente, intentando entrar en la intimidad de sus esposos. Ellos tienen sus lugares, como el bar del hotel, que por supuesto, es sólo para hombres. Paradójico es ver que, la esposa es un adorno, un status social, que no forma parte real de sus pensamientos, ni de su vida. Sin embargo, la amante, la diva del pueblo, a pesar de su ausencia, controla el ir y venir de ellos.

Por otro lado, la opinión que manejan del ideal de vida femenina es muy pobre (1987:126):

“-¿Qué clase de tío es usted, que en vez de aconsejar a la sobrina que aproveche la ocasión de tener casa bien puesta en Trinidad, con un jardín de árboles frutales, un gallinero, huevos frescos todas las mañanas y dinero en el banco para comprar cuanto se le antojara, corrompe su espíritu y la impulsa a andar sin pausa por todo el Brasil...”

En el libro se reconoce la diferencia que existe entre los géneros, pero no se justifica el maltrato al que se ha llegado por ella; además presenta el apoyo que se brinda entre mujeres (1987: 362):

*“Ella y sólo ella, al advertir el estado de la actriz, enceguecida por las lágrimas y víctima de la rechifla del público, se había apresurado a tomar enérgicas medidas.
-Ernesto quiso arrancarla de mis brazos. Pero, ¿qué sabe él de mujeres? Irse a la cama con ellas no le concede autoridad para debatir sobre sentimientos inestables y desesperados –se sumergía en el pozo de su memoria, y aquella inmersión le resultaba penosa.”*

La revelación de las injusticias que se cometen en contra de las mujeres, así como el señalamiento de los antiguos roles que se imponen a las mujeres inciden en la figura de Caetana. Ella, como una reina, maneja a su antojo la vida de los que la rodean, desarrolla una profesión con muchísimo honor y tiene una libertad tan grande, que desprecia, inclusive, el amor.

Es así como concluyo que la palabra de ciertas autoras latinoamericanas desafía lo impuesto por la sociedad a las mujeres, denunciando y rechazando

los antiguos cánones. Las escritoras seleccionadas constituyen las dos caras de la moneda y muestran el lado luminoso y oscuro que haya en cualquiera de los dos lados, con sus beneficios y riesgos. Las decisiones fundamentales no están en manos de la sociedad machista, sino las toma la mujer.

C. Tipos de protagonismo femenino

La situación de la mujer en Latinoamérica se ve reflejada en los tipos de protagonismo femenino que se presentan en los libros estudiados.

Las obras muestran que todavía hoy, y después de todas las revoluciones y transformaciones, la mujer tiene que hacer un esfuerzo enorme para que su condición femenina no sea una circunstancia condicionante para su participación en la vida social, política y económica.

El primer tipo de protagonismo es aquel en donde la mujer aparece **como la transgredida**. Una vez más, en el juego de la vida social, se convierte en la gran víctima de las medidas que controlan los espacios y los poderes. Una y otra vez, ve desaparecer sus posibilidades de seguir avanzando en una vía que le facilite el acceso a su propio desarrollo y a ser ella misma, sin subordinaciones ni concesiones.

La mujer muestra una frustración patente, pero no siempre se logra salir del rol asignado. Algunas veces aporta a la siguiente generación para que ésta no replique ese papel; pero otras veces contribuye y empuja a las otras para que no se salgan de dichos esquemas.

Posiblemente el prototipo femenino más fuerte en las obras **aboga por la mujer emancipada** e independiente, que goza usando la ironía para describir los caducos esquemas del patriarcado en las sociedades latinoamericanas, y los desafía con su misma forma de actuar y participar. Mujeres que luchan por hacerse un lugar en cualquier ámbito de la vida pública, y que, al mismo tiempo, respetan su intimidad y gozan de su sexualidad.

Este nuevo prototipo femenino es sujeto de crítica y constantes pruebas que la misma sociedad impone. Además la renuncia a tareas concebidas como de realización femenina tradicional las hacen el blanco preferido de diferentes grupos sociales.

Aparece el prototipo de **mujer en transición**. Ya no es el eterno sujeto dependiente que pasa del padre al esposo. En alguna medida, logra salir del anonimato, gozar de la independencia y de la toma de decisiones. Sin embargo, sin plena conciencia, hay momentos en los que replican antiguas formas de comportamiento acuñadas en roles sociales establecidos. Esto no

deja de causar alguna frustración, por lo que, la mujer se encuentra en constante desafío y hasta en lucha interna.

Las **mujeres** que se encuentran **en busca de un equilibrio** están conscientes de las consecuencias que acarrea el hecho de renunciar al protagonismo en cualquier ámbito de la vida pública y, al mismo tiempo de la frustración del anonimato.

VI. CONCLUSIONES

1. En América Latina pervive un machismo secular. La situación de la mujer en los campos económico, intelectual y político todavía está muy por debajo de los niveles aceptables, en relación con lo que se vive en las regiones más desarrolladas del planeta.
2. En América Latina, la liberación de la mujer se expresó primordialmente en las grandes ciudades y los espacios urbanos, y de modo más concreto en las clases medias y entre los intelectuales. De ahí que la mujer cultivada y de familia acomodada sea la que generalmente logra salir del anonimato y denuncia por escrito la situación de las demás mujeres.
3. El poder masculino arranca y radica en el uso de un lenguaje que, por su semántica o por su estructura lingüística, subyuga a la mujer. Por ello, la palabra es conceptuada y usada por las escritoras como un elemento constitutivo y reivindicativo del sujeto femenino en particular, y de las

mujeres en general. Se hace doblemente presente en las obras literarias analizadas al incluir a la figura femenina como protagonista del relato.

4. En las novelas analizadas, las escritoras caracterizan las diversas actitudes y posturas que las mujeres latinoamericanas han adoptado con relación al sistema de valores imperante. En algunas oportunidades replican su papel tradicional, pero en muchas otras muestran una nueva identidad que se construye transgrediendo el orden establecido.

5. Las escritoras se rebelan ante las injusticias políticas, económicas y sociales que se viven en su medio, y las denuncian, de suerte que ese testimonio se convierte en tema central de sus obras. Las protagonistas suelen verse involucradas de manera directa en dichos conflictos y siempre buscan solucionarlos.

6. Las protagonistas de las obras estudiadas actúan como agentes de cambio frente a la situación que viven las mujeres en sociedades de tradición patriarcal, y están conscientes de ello.

7. Hay una marcada búsqueda de las raíces de las protagonistas. Se establecen vínculos entre el pasado y el presente, con el fin de cimentar su identidad como sujeto social e histórico.

8. La sensualidad y la sexualidad de la mujer dejan de ser temas tabúes (al menos en el discurso). En las obras estudiadas se revelan los temores, los deseos, las fantasías y las mismas vivencias que la mujer vive y disfruta cotidianamente en la realidad.

9. La escritura es un hecho político que ha hecho visible al ser humano y sus circunstancias a lo largo de la historia. En el caso particular de las mujeres, no es diferente, y se convierte en el instrumento que nombra e identifica al sujeto femenino en contextos determinados.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- Allende, I. 1990. *De amor y de sombra*. México, Editorial Diana. 281 págs.
- Belli, G. 1999. *La mujer habitada*. Argentina, Emecé Editores. 358 págs.
- Butler, J. 2001. *El género en disputa*. México, Editorial Paidós. 193 págs.
- Cuarta conferencia mundial sobre la mujer*. 1996. Naciones Unidas. España, Ediciones PPC. 310 págs.
- Duby, G; M Perrot. 1992. *Historia de las mujeres. El siglo XX. Guerras, entreguerra y post guerra*. Tomo VII . Traducción de Marco Aurelio Galmarini y Cristina García Ohlrich. España, Taurus ediciones. 419 págs.
- Escobar, M. 1999. *En la floresta no había flores*. Guatemala, Editorial Palo de Hormigo 220 págs.
- Escobar Sarti, C. 1999. *Escritoras medievales*. Trabajo de investigación presentado para optar al grado académico de Licenciada en Letras. Guatemala. 201 págs.
- Freeman, J. 1977. *El movimiento feminista*. México, Editores Asociados. 223 págs.
- Freitas, M. 1996. *La mujer latinoamericana en la sociedad y en la iglesia*. Boletín CLAR España, enero-febrero. 11-12
- Freixas, L. 2000. *Literatura y mujeres*. España, Editorial Destino. 246 págs.

Hablemos Las guatemaltecas y sus derechos. 2000. Revista publicada por Prensa

Libre, Año 1 #6 julio-agosto. 5-6.

Lojo, M. 1998. *La princesa federal.* Argentina, Editorial Planeta. 229 págs.

Lozano, I.; M González. 1986. *Feminismo y movimiento popular en América Latina*

Boletín REB, fascículo 181. 8-15.

Mastreta, A. 1996. *Mal de amores.* Cuarta edición. España, Editorial Alfaguara.

395 págs.

Moscoso, M. 1995. *Palabras del silencio.* Las mujeres latinoamericanas y su historia,

Ecuador, Abya-Yala. 440 págs.

Mujer y realidad social. 1988. II congreso Mundial Vasco. Del País Vasco, servicio

Editorial Universidad. 175 págs.

Piñón, N. 1994. *Dulce canción de Caetana.* Primera edición en castellano Elkin

Obregón. Colombia, Editorial Norma. 371pág.

Poniatowska, E. 1999. *La flor de lis.* España, Editorial Sudamericana. 336 págs.

Progreso económico y social en América Latina. Tema especial: Recursos Humanos.

1993. Banco Interamericano de Desarrollo. Washigton, Estados Unidos de América. 334 págs.

Serrano, M. 1996. *Nosotras que nos queremos tanto.* México, Editorial Alfaguara.

358 págs.